POESIAS

DE

D. JOSÉ DE CADALSO.

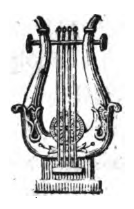
EN LA IMPRENTA DE J. SMITH.

POESIAS

DEL CORONEL

D. JOSÉ DE CADALSO,

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO.



PARIS,

EN LA LIBRERÍA DE TEOFILO BARROIS HIJO,

QUAI VOLTAIRE, Nº 11.

1821.

NOTICIAS

DE

D. JOSÉ DE CADALSO.

NACIÓ D. José de Cadalso en la ciudad de Cádiz á 8 de Octubre de 1741. Era originario de una familia antigua y solariega de Viscaya, y por eso él mismo en algunas partes de sus poesías llama á este pais su patria. Sus padres D. José de Cadalso y Doña Josefa Vasquez de Andrada, despues de haberle dado una educacion doméstica muy esmerada, le enviáron á Paris, donde estudió con mucho aprovechamiento las Humanidades, las Ciencias exactas y naturales, y las lenguas Latina, Francesa, Inglesa, Alemana, Italiana y Portuguesa; en cuyos conocimientos se perfeccionó durante los viages que emprendió seguidamente por Inglaterra, Francia, Alemania,

Roma, Nápoles y Portugal. Volvió á España á la edad de veinte años, cuando se habia declarado la guerra con Portugal; y habiendo tomado en Diciembre de 1761 el hábito de la Orden militar de Santiago, entró á servir de Cadete en 4 de Agosto de 1762 en el Regimiento de caballería de Borbon que ya estaba en campaña. En ella hizo importantes servicios al General en gefe del ejército Conde de Aranda, que le nombró su Ayudante de campo, y le manifestó el mas distinguido aprecio.

En 22 de Junio de 1764 fué agregado de Capitan al mismo regimiento de Borbon; en 13 de Setiembre de 1772 se le nombró Capitan con ejercicio, sargento mayor en 11 de Enero de 1776, y Comandante de escuadron en 21 de Abril de 1777.

En estos años siguiendo los destinos del regimiento, fué á Zaragoza, en donde, segun él mismo refiere, empezó á dedi-

carse á la poesía. Trasladado desde allí á Madrid, estuvo en 1766 en Alcalá de Henares, donde conoció al Señor Don Gaspar de Jovellanos, todavía muy jóven, recien trasladado desde Asturias al Colegio mayor de San Ildefonso, y que á su ejemplo, y acaso con sus consejos cultivó despues la poesía con mucho esplendor. Tambien estuvo Cadalso en Salamanca por los años de 1771 hasta principios de 1774, donde mereció la mayor estimacion de los sabios y literatos que residian en aquella célebre Universidad, contribuyendo particularmente con su natural afabilidad á que los jóvenes que se distinguian por su talento y favorables disposiciones, recibiesen aquella instruccion y delicado gusto que debia influir tanto despues en la mejora de los estudios, y en el restablecimiento de nuestra literatura y poesía. Así sucedió con D. Juan Melendez Valdes. Cadalso encontró en este jóven cuantas prendas

podia apetecer para presagiar que podia ser uno de los mas insignes poetas de nuestro Parnaso. Tratóle con amistad, y llegó á amarle con tal ternura, que se le llevó á vivir en su compañía, instruyéndole no solo en el conocimiento de los buenos libros de la literatura extrangera, sino indicándole los excelentes modelos que debia seguir ó imitar en sus composiciones poéticas. El mismo Melendez confesaba sinceramente cuanto debia á la compañía, trato, y documentos de Cadalso, sin los cuales acaso hubiera seguido el mal gusto de otros copleros y versificadores despreciables. Los que sepan apreciar el sublime mérito de Melendez, y conozcan que ha fijado en la poesía castellana una nueva época por el fondo de doctrina, por el carácter ameno y agradable, por los principios y estudio de la naturaleza, y cuanto va influyendo en los poetas de nuestra edad, podrán calificar lo mucho que se

debe á Cadalso en esta ventajosa reforma, y la justicia con que alababa á su jóven discípulo en versos tan dulces y elegantes. Por estos mismos años conservaba con D. Tomas de Iriarte una correspondencia epistolar en verso, como se infiere de las cartas que este le escribió en 1774, 1776 y 1777, y se hallan publicadas en la coleccion de sus obras. Con igual franqueza y amistad trataba á D. Vicente García de la Huerta, á D. Nicolas Fernandez de Moratin, al M. Fr. Diego Gonzalez, á D. Josef Iglesias, todos insignes poetas de su tiempo, celebrando sus obras, y estimulándolos á cultivar la buena poesía, y la pureza y hermosura de su propio y natural idioma.

Entretanto siguió los destinos de su Regimiento, sin que las ocupaciones literarias le distrajesen de atender al buen desempeño de sus obligaciones militares. Hallándose en el Montijo el año de 1774, enseñó

la táctica del célebre Inspector de caballería D. Antonio Ricardos Carrillo, á quien debió siempre singular distincion y aprecio, especialmente despues que habiendo pasado revista al Regimiento de Borbon en el Casar de Cáceres, le encontró en el mejor estado de instruccion y de disciplina, bien provisto de armas y caballos, y con mucho órden y claridad en las cuentas de la caja. A este concepto de los gefes superiores correspondia el amor con que le miraban los subalternos y la tropa, que veian en él un padre que sabia reunir la franqueza y dulzura de su buen trato al interes de corregir sus faltas, de mejorar sus costumbres y administrarles justicia. El mismo Señor Ricardos (cuyo voto es de mucho peso en el asunto) decia á fines de 1776 en uno de sus informes, hablando de Cadalso: « Este Oficial tiene valor sobresaliente, ilustrado talento, ha demostrado suma aplicacion en el desempeño de la Sargentía

mayor que obtiene, y remediada su conducta de las vivezas de mozo, se puede esperar mucha utilidad de su servicio.»

Así hubiera sido, si los sucesos de su honorable carrera no hubieran frustrado tan lisonjeras esperanzas. La guerra declarada á los Ingleses en 1779, llevó á Cadalso con su Regimiento al ejército que se formó para el bloqueo y sitio de Gibraltar. La nombradía y buen concepto de este sabio militar le captó la confianza y distincion del general en gefe, quien le nombró desde luego su Ayudante de campo, y recompensó su mérito, proporcionándole á fines de 1781 el grado de Coronel; pero hallándose en una batería de cañones muy avanzada frente á Gibraltar, en la noche del 27 al 28 de Febrero de 1782 á las nueve y media se vió una granada disparada de la batería enemiga, que se dirigia al parage donde se hallaba Cadalso. Advirtiéronle del riesgo

que corria; pero despreciando el aviso con serenidad, y creyendo algunos que pasaba la granada por encima, un casco de ella, que le hirió de rechazo en la sien derecha, le llevó parte de la frente, y acabó con su temprana vida. Su pérdida causó un sentimiento general en todo el ejército y en cuantos le conocian y trataban. El Gobernador mismo de Gibraltar, que desde ántes de la guerra le apreciaba como su amigo, y muchos Oficiales ingleses, que habian experimentado su buen trato, noble carácter, y varia erudicion, hiciéron un duelo muy honorífico, en esta ocasion, á la memoria de este digno militar español.

Quien examine la historia literaria de nuestra nacion durante el periodo que corrió desde el reinado de Felipe III hasta mediado el siglo XVIII, verá envueltos en la ruina del imperio español los conocimientos científicos, el buen gusto en la literatura y poesía, y la elegancia de la

hermosa lengua castellana que en los tiempos anteriores habia elevado la nacion al mayor grado de gloria y prosperidad. Ni podrá verse sin dolor y asombro tan lastimosa y precipitada decadencia, ni dejar de mirar con cierto linage de gratitud y respeto el zelo ilustrado y la constante laboriosidad de los sabios que procuráron restaurar los buenos estudios, combatiendo errores y preocupaciones ya muy arraigadas y envejecidas.

Pocos han tenido mayor influjo en tan feliz revolucion como Cadalso. Si en los *Eruditos á la violeta* ridiculizó con graciosa ironía la hipocresía literaria de aquellos hombres presuntuosos y charlatanes que pretenden alucinar con una erudicion universal tan superficial y vana, como dañosa al progreso de las ciencias; si en las *Cartas Marruecas* censuró con suma discrecion los vicios de nuestra literatura, de nuestra descuidada educacion, y de nuestras desarre-

gladas ó perniciosas costumbres; si en otros escritos lució siempre el ingenio, la gracia la delicada ironía para corregir las preocupaciones dominantes en su tiempo: en sus *Poesías* se vió renacer el gusto anacreóntico de Villegas, la ternura de Garciláso, la sublimidad de Herrera, y la agudeza satírica de Quevedo y de Góngora.

A dotes tan singulares unió Cadalso un carácter franco y afable, un ingenio festivo y ameno, y este contribuyó á extender y estrechar sus relaciones con los mas floridos ingenios de su edad. Todos le reconocian por su maestro, por su modelo y amigo; y bajo estos títulos es difícil encontrar otro que exento de emulaciones y rivalidades pueriles, haya sabido reunir mejor á los grandes ingenios de su tiempo, y dirigir sus pasos á la gloria de la nacion, y progresos de la literatura.

POESIAS

DE

D. JOSÉ DE CADALSO.

EL POETA HABLA CON SU OBRA,

REMITIÉNDOLA Á UN AMIGO SUYO QUE RESIDE EN MADRID.

Id, versos dichosos,
Id, consuelos mios,
A la excelsa Corte
Del Rey mas benigno.
Desde esta cabaña
Del techo pajizo,
Que fué vuestra cuna,
Y mi dulce asilo,
Llegad hasta donde
El humilde rio
Los cimientos baña
Del Palacio altivo.
Mas no la inocencia

De ser hijos mios,
En llanto engendrados,
Y en pena nacidos,
Os lleve engañados,
Con afan contínuo
Buscando un Mecénas
Entre los validos.
¡Qué mal entre adornos
De dorados libros
Parecen las hojas
Del libro sencillo,
En que mi tristeza
Grabó mis suspiros!
Tampoco á los sabios
Llegueis atrevidos,
Pidiendo que os pongan
Al lado de Ovidio,
Boscan, Garcilaso,
Marcial y Virgilio,
Argensola, Lope,
Y Homero divino.
No entreis tan endebles
En tanto peligro,
Que corren gran riesgo

En un golfo mismo
Las barcas pequeñas
Entre los navios,
Que llevan de Cádiz
A los mares indios
Las armas de Cárlos,
Su fe y su dominio.
Si acaso llegais,
¡O cuanto os lo envidio!
Llegad preguntando
Por un buen amigo,
De prendas completo,
Y libre de vicios,
Con dulzura sabia,
Sin arte, benigno,
Por estas señales,
A Ortelio os dirijo;
Ya esté con su padre,
De quien es alivio,
Ya esté como suele
Allá en su retiro,
Contando en los astros
Las fuerzas y giros,
O ya del teatro

En el noble circo
Aplaudiendo gracias,
O tachando vicios;
O ya con su Lisis
(Que tambien le he visto
Pagar el tributo
De gozo y suspiro
Al sexo amoroso
Con afecto fino):
Llegad á su pecho,
Archivo del mio;
Y decidle: Ortelio!
Con paz recibidnos;
Venimos de parte
Del triste Darmiro.

REFIERE EL AUTOR LOS MOTIVOS QUE TUVO PARA APLICARSE A LA POESÍA, Y LA CALIDAD DE LOS ASUNTOS QUE TRATARÁ EN SUS VERSOS.

Caro Lector, cualquiera que tú seas
Que estos mis ocios juveniles veas,
No piensas encontrar en su lectura

La magestad, la fuerza, la dulzura,
Que llevan los raudales del Parnaso,
Mena, Boscan, Ercilla, Garcilaso,
Castro, Espinel, Leon, Lope y Quevedo,
No ofrezco asuntos que cumplir no puedo.
Sé que el mortal á quien benigno el hado
La morada de Pindo ha destinado,
Halla en su cuna la sagrada rama,
Con que se sube al templo de la fama.
Tanta dicha á los Cielos no he debido;
Bajo tan fausto signo no he nacido.
En falsas cortes, y en malicia fiera
De mi vida pasé la primavera;
Jamas compuse versos hasta el dia
Que me dejó la estrella mas impía
A mi pena y rigor abandonado,
Objeto débil del rigor del hado;
Y con amor y ausencia, mal mas fuerte,
Que cuantos he nombrado, y que la muerte.
Entónces, por remedio en mi tristeza,
De Ovidio y Garcilaso la terneza
Leí mil veces; y otros tantos gozos
Templáron mi dolor y mis sollozos.
Huyendo de los hombres y su trato

Que al hombre bueno siempre ha sido ingrato.
Sentado al pie de un álamo frondoso
En la orilla feliz del Ebro undoso,
¡Cuantas horas pasé con los sentidos
En tan sabrosos metros embebidos!
¡Ay! como conocí que en su lectura
Derramaban los Cielos mas dulzura,
Que en el divino nectar y ambrosía!
Mi tristeza en consuelo convertia;
Y mis males yo mismo celebraba,
Por la delicia que en su cura hallaba.
Así como se alienta el peregrino,
Cuando encuentra con otro en el camino,
Y con gusto el piloto al mar se entrega,
Si otro con él el mismo mar navega;
Como se alivia el llanto, si un amigo
De nuestras desventuras es testigo;
Así los tristes versos que leia
Templaban mi fatal melancolía,
Hasta que en ellos me dispuso el Cielo
De todo mi dolor total consuelo.
Así mi alma al Pindo agradecida
Cultivarle juró toda la vida.
Con pecho humilde y reverente paso

Llegué á la sacra falda del Parnaso;
Y como en sueños ví que me llamaban
Desde la sacra cumbre, y me alentaban
Ovidio y Taso, á cuyo docto influjo
Ni númen estos versos me produjo
Todos de risa son gustos y amores:
No tocaré materias superiores:
De los supremos dioses y reyes
La obscura voz y las secretas leyes,
Los arcanos, enigmas y misterios
No digo con osados versos serios,
Antes con mas sencillo y bajo tono
Celebro la cabaña, y dejo el trono.
Ya canto de pastoras y pastores
Las fiestas, el trabajo y los amores:
Ya de un jardin que su fragancia envia
Escribo la labor y simetría;
Ya del campo el trabajo provechoso,
Y el modo de que el toro mas furioso
Sujete al yugo la cerviz altiva,
Y al hombre débil obediente viva:
Ya canto de la abeja y su gobierno,
Y el dulce tono del jilguero tierno.
No mido con inútil osadía

Cuanto anda el astro que preside al dia,
Ni celebro vilmente á los varones
Funestos á la paz de las naciones,
Matar los hijos, degollar las madres,
Violar las hijas, afrentar los padres.
Lleven al hombre al templo de la gloria
Al toque del clarin de la victoria;
Pero jamas con versos inhumanos
Héroes he de llamar á los tiranos.
¿Y di, Lector, acaso nos importa
(Pues la vida es tan frágil y tan corta)
Que Febo dé su vuelta concertada,
Siendo la tierra la que está parada;
O que parado el sol, la tierra suelta
Al rededor de Febo dé la vuelta?
Ni que el piloto audaz y codicioso
Busque nuevos caminos al ansioso
Navio; y que dispute, si es posible
Hallarlos por el paso inacesible
Hácia el norte del Asia no cursado;
O si es mejor el paso acostumbrado
Por donde los gigantes Patagones
Admiran los castillos y leones
En las popas de naves españolas

Cuando surcan aquellas bravas olas?
No leas con temor. Ni voz, ni idea
Verás en mi que indecorosa sea:
Ni ofenderé al pudor mas recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
El labio virginal, sin que ofendidos
Deje mi blando número sus oidos.

LETRILLA SINCERA.

El rayo severo
Que Jove vibró
Celébrele Homero,
Que no lo haré yo.
La sátira fiera
Que Persio escribió,
Cultive el que quiera,
Que no lo haré yo.
Ercilla con arte
Que él mismo probó,
Celebre á su Marte,
Que no lo haré yo.
Del mar que el Troyano
Llorando aumentó,

Escriba el Mantuano,
Que no lo haré yo.
Pero del Dios ciego
Que Vénus parió,
Callen todos luego,
Que bastaré yo.

AL MISMO ASUNTO EN METRO DIFERENTE,

DECLARANDO SU AMOR Á FILIS.

No canto de Numancia ni Sagunto
El alto nombre y la envidiable gloria,
Que ninguna nacion tiene en su historia.
No elijo por asunto
El noble ardor del portugues famoso,
Que con el trage de infeliz villano
Puso freno afrentoso
Al grande orgullo del poder romano.
Ni de Pelayo canto las acciones
Con que domó las bárbaras naciones
A España conducidas,
Y en ella mantenidas
Por codicia africana,
Por venganza inhumana,

Y por que estaba España deliciosa
Sepultada en el lujo desidíosa.
Ni tocaré con númen elevado
La prudencia, virtud, valor y saña
Del valiente Estremeño,
Que con glorioso empeño
Al terreno envidiado
Llevó las armas de la invicta España.
Ni canto á Carlos Quinto, aquel guerrero,
Que prendió de la Francia al Soberano,
Venció al Frances, y castigó al Germano,
Y al Africano fiero.
Ni al noble hermano de Felipe Augusto,
Que en el mar de Lepanto,
Con grande estrago y susto
Puso cadena al Turco, al Orbe espanto.
Ni de Alvaro Bazan, de quien Ingleses,
Y Turcos y Franceses
Conservarán impresa la memoria
Contando en cada accion una victoria.
Ni el brio mas que humano
Del Cid Diaz, soberbio Castellano,
Que con su lealtad, fuerza y prudencia
Deteniendo la rueda á la fortuna,

Las armas de su Rey puso en Valencia
Sobre la media luna.
Ni las hazañas y virtudes raras
De Córdobas, Navarros y Pescaras,
Carpios, Verdugos, Vargas, Mondragones,
Con la turba inmortal de otros varones,
Nobles abuelos nuestros, y soldados
En España nacidos,
En Italia y en Flandes conocidos,
Y por el Orbe entero respetados,
Sin que la envidia de la gente extraña
Pueda negar su gloria en nuestra España.
No fué á mi musa dado
Con el horrendo son del bronce herido
Cantar como sagrado
El guerrero rigor, grato al oido
Dél que entre sangre, robo, rapto y furia
A la infeliz humanidad injuria.
Mi lira canta la ternura sola,
Apolo me la dió, Vénus templóla;
Y aun ella preludió mi dulce acento
Que al céfiro paraba por el viento,
A las aves sacaba de sus nidos,
Al hombre enagenaba sus sentidos:

A sus sonoras voces
Se amansaban los brutos mas feroces,
Y las mismas deidades elevadas
Quedaban con sus ecos encantadas.
Con tal impulso tu favor no imploro,
Familia docta del castalio coro.
Divinas nueve hermanas,
No os pido aquellas fuerzas soberanas,
Con que Homero cantó del Griego armado,
Y del cielo en dos bandos separado
Las iras y el rencor. Musas, no os pido
El númen escogido
Con que cantó Virgilio al pio Eneas,
Por entre incendios y horrorosas teas,
Sacando padre, Dioses, hijo, esposa
De Troya lastimosa;
Venciendo vientos, mares y enemigos,
Hasta fundar á Roma.
Diverso vuelo toma
Mi pluma, que al amor he dedicado,
Porque en metro mezclado
De gusto y de tristeza
Celebro de mi Filis la belleza,

Y temiendo del hado los vaivenes,
Canto su amor, y lloro sus desdenes.

FRUTO QUE DESEO SACAR DE MIS POESÍAS.

Horacio con sus versos aspiraba
De la inmortalidad á la alta cumbre;
En ellos fabricaba
Mansion para su nombre, y discurria
Que al tiempo venceria,
Y que la muchedumbre
De dias, y de meses y de edades
De las posteridades
Seria con su nombre comparada,
Lo que es la tierra de hombres habitada,
Respecto de los astros que miramos,
Y de los que ignoramos
En esa inmensa esfera.
Pero mi musa ménos altanera,
Sin aspirar á que sus poesías
Sean doctos objetos,
Allá en lejanos dias,
Cuando vivan los hijos de mis nietos,

Solamente desea
Que en estas hojas mi consuelo vea,
En el mar de la suerte en que navego,
Cual pasagero ciego
Y tímido, ignorante
Del rumbo de las costas y del viento,
Y del mudable y bárbaro elemento,
Temiendo á cada instante
Hallar segura muerte,
Sin que la aparte mi sollozo blando;
Y no como el piloto osado y fuerte
Que á los cuatro elementos va burlando,
Porque las artes sabe
Del viento aleve, y la ligera nave.

SOBRE SER LA POESÍA UN ESTUDIO FRÍVOLO, Y CONVENIRME APLICARME Á OTROS MAS SERIOS.

Llegóse á mí con el semblante adusto,
Con estirada ceja y cuello erguido
(Capaz de dar un peligroso susto
Al tierno pecho del rapaz Cupido)
Un animal de los que llaman sabios,
Y de este modo abrió sus secos labios:

No cantes mas de amor. Desde este dia
Has de olvidar hasta su necio nombre.
Aplícate á la gran filosofía;
Sea tu libro el corazon del hombre.
Fuése, dejando mi alma sorprehendida
De la llegada, arenga y despedida.

A Dios, Filis, á Dios. No mas amores,
No mas requiebros, gustos y dulzuras:
No mas decirte halagos, darte flores:
No mas mezclar los zelos con ternuras:
No mas cantar por monte, selva ó prado,
Tu dulce nombre al eco enamorado.

No mas llevarte flores escogidas,
Ni de mis palomitas los hijuelos,
Ni leche de mis vacas mas queridas,
Ni pedirte, ni darte ya mas zelos;
Ni mas jurarte mi constancia pura,
Por Vénus, por mi fe, por tu hermosura.

No mas pedirte que tu blanca diestra
En mi sombrero ponga el fino lazo,
Que en sus colores tu firmeza muestra,
Que allí lo colocó tu airoso brazo;
No mas entre los dos un albedrío,
Tuyo mi corazon, el tuyo mio.

Filósofo he de ser; y tú que oiste
Mis versos amorosos algun dia,
Oye sentencias con estilo triste,
O lúgubres acentos, Filis mia.
Y di si aquel que requebrarte sabe,
Sabe tambien hablar en tono grave.

SONETOS

DE UNA GRAVEDAD INAGUANTABLE,

EXCEPTO LOS FINALES DE CADA UNO.

SOBRE EL PODER DEL TIEMPO.

Todo lo muda el tiempo, Filis mia:
Todo cede al rigor de sus guadañas:
Ya transforma los valles en montañas:
Ya pone un campo donde un mar habia.

El muda en noche opaca el claro dia:
En fábulas pueriles las hazañas:
Alcázares soberbios en cabañas,
Y el juvenil ardor en vejez fria.

Doma el tiempo al caballo desbocado:

Detiene al mar y viento enfurecido:
Postra el leon, y rinde al bravo toro.
  Sola una cosa al tiempo denodado
Ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
Y es el constante amor con que te adoro.

DE LA TIMIDEZ NATURAL Á LOS HOMBRES.

¡A cuanto susto el cielo te condena,
O género mortal, flaco y cuitado!
Se espantan unos en el mar salado,
Y tiemblan otros cuando Jove truena.
  Otros, si el eco del leon resuena;
Otros, cuando el magnate está irritado;
Otros, cuando en la cárcel han pasado
Dias y noches tristes con cadena.
  Y solo discurrí no temblaria
Al trueno, ni al leon, ni al poderoso,
Ni á la prision, ni á todo el orbe entero.
  Mas se engañó mi débil fantasía:
El rostro de mi Filis desdeñoso
Me cubre de terror: temblando muero.

SOBRE EL ANHELO CON QUE CADA UNO TRABAJA PARA LOGRAR SU OBJETO.

Pierde tras el laurel su noble aliento
El héroe joven en la atroz milicia;
Sepúltase en el mar por su avaricia
El necio, que engañáron mar y viento.
Hace prision su lúgubre aposento
El sabio por saber; y por codicia
El que al duro metal de la malicia
Fió su corazon y su contento.
Por su cosecha sufre el sol ardiente
El labrador, y pasa noche y dia
El cazador de su familia ausente.
Yo tambien llevaré con alegría
Cuantos sustos el orbe me presente,
Solo por agradarte, Filis mia.

A LA FORTUNA.

¿Donde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega deidad, al delicioso encanto
Del son del torno de tu instable rueda?
Si de algun triste el doloroso llanto

Aparta el sabio de la atroz ruina,
¡Qué poco dura el saludable espanto!
La mayor parte con vigor camina
Al aereo templo de la diosa fama,
Y despreciar ejemplos determina.
Enciende la ambicion su horrenda llama,
Toca el clarin la gloria: el mundo suena,
Y nuevas redes tu locura trama.
El alma débil de furor se llena:
Segunda vez se entrega á tu mudanza,
Que los gustos mas gratos envenena.
Tambien guióme un tiempo la esperanza,
Monstruo á quien abortó tu devaneo:
Y culpé tu rigor y tu tardanza.
¡Oh cuantas veces se inflamó el deseo
En este pecho jóven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo?
¡Cual crecia el incendio! Qué imprudente
Propuse levantar al firmamento
Mi nombre, del ocaso al oriente!
El militar estruendo, el duro acento
Del jefe que las tropas disponia,
El ronco son del bélico instrumento,
La clin del animal que Bétis cria,

El brillo que el dorado Tajo presta
Al fiero de Cantàbria, patria mia,
La pólvora á las madres tan funesta,
Con estrépito horrendo en los cañones,
Que tantas vidas y sollozos cuesta;
Y de la horrenda guerra las acciones
Parecíanme glorias soberanas
Dignas de los que habitan las mansiones
Del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
Solo debian entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.
Llenábase mi pecho de furores
Al leer de Curcio y de Solis la historia,
De Alejandro y Cortes aduladores:
Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma y en Darío
Caprichos de la suerte y la victoria.
Un héroe sabio, y un monarca pío
Parecíanme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.
Con gusto ví la bélica fortuna
Del soberbio Breton, al Lusitano
Dar contra España audacia no oportuna;
Y las melenas del léon hispano

Coronarse con lises; y á su saña
Rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte por la dura España
Rodar el carro con horrible estruendo,
Y alzar la muerte su infeliz guadaña,
Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con sus nombres complaciendo.
De Numancia, Sagunto y de Lepanto,
De Méjico, de Cozco y de Pavía,
De San Quintin, de Almansa y Camposanto,
De Roncesvalle y tanto crudo dia
Que en nuestros fastos con orgullo se halla,
Y lee la juventud con alegría.
Deseaba llegase la batalla
En que las tropas que la Lipe ordena,
Huyesen de Lisboa á la muralla,
O rindiesen el cuello á la cadena,
Para venir de Atocha al templo santo
Que de himnos victoriosos siempre suena;
Y do ven las naciones con espanto
Banderas, y estandartes y tambores
Con nuestro gozo, y con ageno llanto;
Pero dias mas gratos y mejores

Iba trayendo él tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores;
  Y Cárlos lastimado de los males
Que el mundo en tantos años padecia,
Le quiso repartir bienes iguales;
  Y así como Neptuno volvió el dia,
Quietud, y sol al triste mar turbado,
Por iras de la diosa que queria
  Anonadar la gente, á quien el hado
Prometia el imperio de la tierra;
Así tambien al mundo encarnizado
  En una larga y horrorosa guerra
Cárlos dió paz; y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.
  El soldado colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar, al padre anciano,
Con tono extraño y ademan forzudo,
  Contó los lances de la guerra, ufano
De que su simple voz oida sea
Por cariñosa madre, tierno hermano,
  Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala jóven y gallarda
Con quien unir su corazon desea,
  Y á quien el dia deseado tarda.

Ya de otro caos la naturaleza
Sale segunda vez; no se acobarda
El marinero ya con la fiereza
Del mar, ni el labrador ya se detiene
En romper de la tierra la dureza.
Cada arte y ciencia nueva vez previene
A quien la trate aplausos y consuelo:
A los mortales la quietud ya viene;
Y la voz de los pueblos llega al cielo
Con júbilos, con gozo y alegría,
El cielo esparce su bondad al suelo:
Y yo sintiendo el deseado dia,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecia,
Vine á la Corte, donde nueva vida,
Nuevas lides ofrece y nueva pena
Con colores de gustos bien fingida.
Allí arrastré la rígida cadena
Tan dura, que aun despues de rescatado
En mis oidos su ruido suena.
Sí, fortuna, yo ví (¡cuan espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sido!)
Vi lo que nunca hubiera yo soñado,
Y por tus sacerdotes conducido

Tus ritos vi, tus víctimas y templo,
Jóven, audaz y nada apercebido.
Guióme de otros muchos el ejemplo,
Cuya vida juzgaba yo colmada,
Y ahora esclavitud triste contemplo,
Ya con rodilla ante el altar doblada
Movió mi débil mano el incensario
Por culto de una estatua inanimada.
La cara del amigo y del contrario
Mil veces ví con arte equivocarse,
La del cobarde y la del temerario.
En fin, ví con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad; y compasiones
Del mas horrible género mezclarse...
Me engañaste hasta aquí. ¡Cuantas razones
Tirana me pusiste, deseando
Llevarme mas allá! ¡Cuantas me pones
Con rostro afable, y con acento blando,
Aun despues del desprecio con que veo
Al que vas abatiendo é ensalzando!
Lo sabes; y que yo solo deseo
Huir de tí, porque jamas consigas
De mi pecho formar nuevo trofeo,
Por mas que me acaricies ó persigas.

ANACREÓNTICA.

AL PINTOR QUE ME HA DE RETRATAR.

Discípulo de Apéles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro,
No me pongas ceñudo
Con iracundos ojos,
En la diestra el estoque
De Toledo famoso;
Y en la siniestra el freno
De algun bélico monstruo,
Ardiente como el rayo,
Ligero como el soplo:
Ni en el pecho la insignia
Que en los siglos gloriosos,
Alentaba á los nuestros,
Aterraba á los Moros:
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Metal de nuestras Indias,
Color azul y rojo,

Ni tampoco me pongas
Con vanidad de docto
Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos
Que honores solicitan
En los siglos remotos.
A mí, que solo aspiro
A vivir con reposo
De nuestra frágil vida
Estos instantes cortos,
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro;
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.
Cíñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto,
Con pámpano beodo.
El cabello esparcido
Cubriéndome los hombros,
Y descubierto al aire
El pecho bondadoso.

En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De jerezano néctar,
O de manchego mosto.
En la siniestra un tirso,
Que es bacanal adorno,
Y en postura de baile
El cuerpo chico y gordo:
O bien junto á mi Filis,
Con semblante amoroso,
Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
De este sencillo modo,
Y no de otra manera
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro.

ANACREÓNTICA.

Á LA PELIGROSA ENFERMEDAD DE FILIS.

Si el cielo está sin luces,
El campo está sin flores,

Los pájaros no cantan,
Los arroyos no corren,
No saltan los corderos,
No bailan los pastores,
Los troncos no dan frutos,
Los ecos no responden...
Es que enfermó mi Filis
Y está suspenso el orbe.

A UN HEROE,

ADVIRTIENDO QUE APRECIE Á LOS POETAS PORQUE ELLOS TRANSMITEN Á LA POSTERIDAD LAS HAZAÑAS DE LOS HOMBRES GRANDES.

Los lauros que en la lid habeis ganado,
A Marte no ofrezcais agradecido:
Vuestro nombre, y el triunfo conseguido
Quedará en pocos años sepultado
En el eterno olvido.
Mas si con esas victoriosas manos
Os despojais del ramo de la gloria,
Y á Febo dedicais vuestra victoria,
Las musas á los siglos mas lejanos
Llevarán la memoria.

ANACREÓNTICA.

Dime, dime, muchacho,
Cuantas veces te he dicho,
Que me des de lo añejo
Cuando te pida vino.
Anoche, en vez de darme
Del viejo bueno tinto,
Me diste malo y nuevo,
Y pagué tu descuido.
Apénas me lleñaste
Doce veces el vidrio,
Con que suelo contento
Brindar á mis amigos,
Cuando caí de espaldas
Perdidos los sentidos,
Haciendo de mí mofa
Las chicas y los chicos:
Y sin duda quedara
En el suelo tendido,
A no tocarme Febo
Con sus rayos divinos,
Cuando de su carrera
Llegaba al medio fijo.

Dame, dame del viejo,
A ver si con su brio,
Y la luna, que sale,
Me sucede lo mismo.
Y si tal sucediere,
Muchacho, te permito
Que en adelante traigas,
Cuando yo pida vino,
Del nuevo, ó bien del viejo,
Del blanco, ó bien del tinto.

PASATIEMPOS.

Sacó Fabio su libro de memorias,
En que todos los dias apuntaba
De su importante vida las acciones,
A la posteridad noticias gratas:
Leyó de la semana antecedente
La cuenta que escribió con pluma exacta.
Lunes me enamoré: Mártes lo dije:
El Miércoles me diéron esperanzas:
Juéves me amáron: Viérnes fastidiéme;
El Sábado dí zelos, vi mudanzas:
El Domingo incliméme hácia otra parte...
¡Miren una semana bien gastada!

ANACREÓNTICA.

Á UN AMIGO SOBRE EL CONSUELO QUE DA LA POESÍA.

Mi dulcísimo amigo,
A tí y á mí quitarnos
Los versos con que alegres
Esta vida pasamos,
Era quitar la yerba
Al fresco y verde prado,
El curso al arroyuelo,
Y á las aves el cánto.
Y porque algunos necios
Desprecian al Parnaso,
¿Al Dios que nos inspira
Hemos de ser ingratos?
¿Acaso su desprecio
Equivale al regalo
Con que suelen las musas
Venir á consolarnos?
¿Qué triunfos, qué victorias
Ensalzan al soldado,
Qué empleo al ambicioso,
Qué moneda al avaro,

Como al ardiente pecho
Del Poeta inspirado,
Cuando lleno se siente
Del Dios del Pindo sabio?
De amor y de fortuna,
Que al corazon humano
Dan sustos á la vida,
Dan á la muerte estragos;
La musa nos defiende,
Apolo nos da amparo.
Cuando Filis me ofende
Poniendo un ceño ingrato,
Y cuando tu Dorisa
Te da un instante amargo:
¿Cual cosa de este mundo
Pudiera libertarnos
De darnos cruda muerte,
O de vivir penando,
Sino aquel desahogo
Que en la musa encontramos;
Sino aquella dulzura
Con que ella suele hablarnos?
Entónces en un verso
Dejamos mil enfados,

Y volvemos gozozos
En busca de otros tantos.
Pues de la ciega diosa
Los vaivenes aciagos,
Cuando castiga al bueno,
Cuando premia al malvado,
¿Como puede sufrirlos
Un corazon humano,
Sino como nosotros
Solemos tolerarlos?
Despreciando sus premios,
Su cólera burlando,
Y todo sin mas armas,
Que la pluma en la mano.

ANACREÓNTICA.

¿Quien es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa,
De pámpanos y yedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,

Que al son de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco
El padre de las viñas:
Pues no, que es el poeta
Autor de esta letrilla.

ANACREÓNTICA.

DEVOLVIENDO Á DOS AMIGOS LAS COPLAS QUE ELLOS LE HABIAN ENVIADO, Y COMPUESTO EN UNA PARTIDA DE CAMPO.

Estos alegres metros
Devuelvo á vuestras manos,
Amigos de mi vida,
De Vénus y de Baco,
Con mil amargas quejas
De no haber presenciado
Los gustos de la mesa,
Los placeres del campo,
Y de que ausente y triste
No pude acompañaros,

Ya tomando la lira,
Ya tomando los vasos.
Y aunque sé que en los versos
Me venceríais ámbos,
Os venciera bebiendo,
Y quedará vengado.

CARTA DE FLORINDA

Á SU PADRE EL CONDE D. JULIAN DESPUES DE SU DESGRACIA.

Señor, (pues ya no debe
Apellidarte padre aquesta triste,
A quien el astro aleve
Arrebató el honor que tú la diste)
Te envio con mi carta mi quebranto,
Mezcla tu mis renglones con tu llanto.
¡Ay! trémula mi mano
Borra los caractéres que escribia,
Porque el dolor tirano
Agita con temblor la pluma mia:
Mi mano en infortunio tan deshecho
Imita lo agitado de mi pecho.
Conozco que mi aliento

Antes que aquesta carta ha de acabarse:
Tendrá nuevo tormento
Mi corazon en no poder vengarse:
Florinda morirá, sin que en Rodrigo
Vengues mi honor, castigues tu enemigo.
Cuando tan fuerte sea
Mi pecho, que á sus males no se rinda:
Cuando mi padre vea
Su honor entre desdoros de Florinda,
Muerto te quedarás ¡o padre amado!
Y nuestro honor marchito, y no vengado.
Mas aunque no resista
Mi fuerza á la ignominia de expresarla,
Ni tu infelice vista
A la dura desdicha de mirarla,
A la posteridad estos renglones
Acaso servirán como lecciones.
Al jóven Don Rodrigo
Hermosa parecí: llamóme hermosa.
¡Ay! sobrado te digo
En frase tan sencilla y azarosa!
El era Rey y jóven, y era amante;
Y yo muger, hermosa é ignorante.
¡Con qué tiernas miradas

Me declaró el amor que me tenia!
¡Qué voces disfrazadas
Con estudiado estilo proferia!
Sus ojos y su boca se ligaban
Contra mi corazon, y triunfaban.
  Mi corazon ageno
De lo que amor se llama entre los necios,
Se tuvo tan sereno,
Que por halagos tiernos dió desprecios;
Pero de amor la inexplicable llama
A veces en el fuego mas se inflama.
  ¡Qué fiestas no intentaba
Para lograr sus fines suntuosas!
La corte se admiraba,
Ignorando las causas asombrosas:
Yo sola no ignoraba de estas fiestas
La causa y consecuencias: ¡qué funestas!
  Mil veces al torneo
El mismo Don Rodrigo se veia
Las alas del deseo
Mezclar con las del trage que vestia:
El trage, la divisa y la librea
Los fines me explicaban de su idea.
  Mil otras se postraba

A su triste vasalla el Soberano;
Rendido me juraba,
Pondria sus dominios en mi mano:
Alguna vez mas bajo se abatia,
Diciendo que á mis pies todo pondria.
  Las cargas del reinado
Tan duras de llevar, y tan precisas
Dejaba descuidado
En manos, ó malvadas, ó indecisas.
¿Cual podria mandar un Reino entero,
Quien era de otro Reino prisionero?
  Por fin los maliciosos
A costar de desvelos y cuidados
Supiéron los dudosos
Motivos por él mismo declarados.
Comenzáron sus necios artificios
A preparar mayores precipicios.
  Algunos ignorando
Que el pecho femenino mas entero
Suele rendirse blando
De la soberbia al tono lisonjero,
Quisiéron deslumbrar el pecho mio
Con ideas de mando y poderío.
  Decian: que Grandeza,

Palacio, España toda, el mundo entero
A mis pies su cabeza
Al punto rendiria con esmero,
Y que aceptase el lauro prodigioso
De ser Reina del Rey mas poderoso.
A todos resistia
Tu hija combatida de mil modos:
Solo se defendia
Mi honor, que se oponia contra todos:
Contra el amor en artes abundante
Solo el honor consigue ser triunfante.
Triunfé: pero Cupido
Viéndose de mi triunfo avergonzado,
Y viéndose vencido,
A todos los delitos arrestado,
A la astucia juntó ya la demencia,
Engaños, amenazas y violencia.
Un dia (¡con qué agüeros
Me lo predijo el cielo! ¡con qué susto!)
Con aspectos severos
Nublado el sol no vió al Rey injusto:
Un negro gavilan ví que seguia
A una tierna paloma que le huia.
Yo ví que á una cordera

Un lobo devoraba ensangrentado:
Yo ví su saña fiera
Al pie de mi palacio desgraciado:
¡Necia de mí, que con agüeros tales
No me temí los mas atroces males!
En ese mismo dia
Rodrigo me llamó, y así me dijo:
Tu noble valentía
Venció por fin á mi fervor prolijo:
Admiro tu virtud, y la venero,
Yo mismo envidio un pecho tan entero.
Florinda, ya se acaba
De mi persecucion el necio empeño;
Aun mi alma se alaba
De humillarse á la fuerza de tu ceño:
Vive felice sin temor ni susto,
Ya no aspiro á mas gusto que tu gusto.
Mis lágrimas siguiéron
Del gozo á la sorpresa de mi oido,
Como seguir se viéron
Al susto en otro tiempo conocido;
Y mi alma con tan nuevas mutaciones
Lloraba, y aplaudia sus blasones.
Al fin agradecida

A sus plantas postréme presurosa:
Juréle que en la vida
Olvidaria accion tan generosa;
Y que la sangre toda de mi gente
Verteria en su obsequio reverente.
Iba mi entendimiento
Con lágrimas y voces á explicarse
En su agradecimiento;
Cuando mi corazon senti turbarse,
Y con el nuevo gozo enagenada
Caí entre sus brazos desmayada.
¡Mas cielo! mi hermosura
Sin duda nuevo lustre en mi tristeza,
Y su osada locura
Nuevas fuerzas tomó de mi flaqueza:
Y mi alma entre las sombras de la muerte
Dejó de ser, como en la vida, fuerte.
Volví del accidente.
¡Ojalá que á la vida no volviera!
Y Rodrigo insolente
Mirábame con complacencia fiera,
Diciendo: ¿ves, Florinda, como el cielo
Favoreció mi ardor y mi desvelo?
Lo que tú has resistido

Con tan ciego teson y tiranía,
El cielo ha permitido
En un instante : ya te he hecho mia.
Lo que ha empezado el cielo prosigamos
En dulce union el tiempo que vivamos.
  Al oirle, y mirarme
Rompí los nudos que su brazo hacia,
Y fiera al arrancarme,
Cobré la voz, y al tiempo que él huia.
Dije : ¡ Ay de tí, Rodrigo ! tus maldades
Han de llorar las míseras edades.
  ¡ Qué necia ! ¡ cual sonaba
Mi voz por el palacio del delito !
Qué triste publicaba
El crímen de Rodrigo y mi conflicto !
Venganza, sí, venganza repetia,
Y al cielo y á la tierra la pedia.
  Viendo que tierra y cielo
Sordos estában siempre á mis oidos,
Solo pedí consuelo
Á mis tristes potencias y sentidos.
¡ Excesos son de la venganza insanos !
Quise matar al Rey con estas manos.
  Pensé yo convidarle

A mi jardin, con fácil fingimiento
Mi pecho presentarle,
Como cambiando en gusto su tormento:
Decirle que podia sin rezelo
Contar con mi terneza su desvelo.
  Y al tiempo que él demente,
Con la amorosa llama deslumbrado,
Se llegase impaciente
Al pecho á quien creia conquistado,
Con un puñal lavar en su torpeza
La mancha derramada en mi flaqueza.
  Mas sin duda los Reyes
Son de tan superior naturaleza,
Que las humanas leyes
Humillan el rigor y fortaleza;
Y solo puede castigar coronas,
Quien maneja los astros y las zonas.
  Ya me falta el aliento
Para la grave empresa meditada;
Un impulso violento
Me detiene la mano levantada,
Y en tan dudoso, obscuro y cruel abismo
Vuelvo el puñal contra mi pecho mismo.
  Y al punto (¿quien creyera

Que faltara á Florinda valentía?)
Que lo emprendo severa,
Tiembla cobarde aquesta diestra mia:
Y así á mi padre en mi desdicha apelo
Por muerte, por honor y por consuelo.

EL PODER DEL ORO EN EL MUNDO.

DIALOGO ENTRE CUPIDO Y EL POETA.

POETA.

Tu imperio ya se acaba:
Guarda, niño, las flechas en la aljaba.

CUPIDO.

¿Pues y los corazones
Como han de conquistarse?

POETA.

Con doblones.

SENCILLAS PONDERACIONES

DE UN PASTOR Á SU PASTORA.

Deste modo ponderaba
Un inocente Pastor

A la Ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor.
¿Ves cuantas flores al prado
La Primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves al salir de la aurora
Cuanta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves la nieve derretida
Cuanto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves cuanta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves cuanta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves cuantas gracias la mano
De las deidades te dió?

Pues mira, dueño tirano,
Mas veces te quiero yo.

A LOS DIAS

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE RICLA.

Salid, Ninfas del Ebro,
A mis voces juntad vuestra armonía:
Cantad al que celebro
En su dichoso y deseado dia;
Salid, Ninfas, cantando,
Y el eco suene con acento blando.
Una tropa ligera
De Sátiros y Faunos, y Silvanos,
Impaciente os espera,
Venida de los montes mas lejanos,
Para formar su danza;
Y lloran tristes ya vuestra tardanza.
Las aves lo supiéron,
(Sin duda de algun númen inspiradas)
Y mas prontas uniéron
Sus voces por los cielos concertadas:
Y con voz mas sonora
Mas presto despertáron á la aurora.

Apénas del oriente
Abrió las puertas la rosada aurora,
Cuando el prado y la fuente
Vistió la mano de la diosa Flora,
Regando el verde suelo
Con el sonoro y líquido arroyuelo.
Pisad, Ninfas del prado,
Con libre pie la rosa y la azucena;
Y del pelo dorado
Caigan las perlas en la orilla amena;
Porque adorno mas bello
A vuestra sien dará vuestro cabello.
¡Egregio Villalpando!
Así cantaba yo con bajo acento
Y lira humilde, cuando
Sentí en mis venas un ardor violento,
Cual suele de repente
De Etna brotar un igneo torrente.
Y así como se extiende
Por campo, valle, prado, selva y monte
La llama, y mas se enciende,
Y parece abrasado el orizonte;
Así sentíme luego
Todo encendido en un sagrado fuego.

No pisa mas osada
La Trípode que anuncia lo futuro,
La Pitica inspirada,
A quien Febo abre el libro siempre obscuro
Donde estan estampados
Los divinos secretos de los hados.
Ni se le eriza el pelo,
Ni la voz se le turba en la garganta,
Ni mira osado al cielo
Ni lleno ya de fuerza se levanta
Con el ardor y asombro
Que mi alma siente, cuando yo te nombro.
Ni del vulgo profano
La turba ofrece reverente oido
Al tono mas que humano,
Que el Sacerdote Pitio ha proferido,
Con mas sagrado espanto,
Que el mundo me oye, si tu nombre canto.
Ya veo que del rio,
Cuyo nombre ha tomado España entera,
Al fuerte acento mio,
Sale el anciano dios con faz severa,
Y tridente en la mano,
Igual al de Neptuno soberano.

Ya aparta del cabello
Los juncos, y las conchas y corales;
Y por el duro cuello
Lo esparce en largas trenzas desiguales,
Con la nervuda diestra,
Y la ancha frente y sus arrugas muestra.
Con la siniestra aplica
A su gran boca un caracol horrendo,
Que sus voces duplica,
Causando al eco un nunca oido estruendo;
Siete veces le toca,
Y siete tiembla la cercana roca.
Y mirándome adusto
(Sintiendo que un mortal alcance á tanto,
Que conmueva á su gusto
A las mismas deidades con su canto)
De envidia y rabia lleno
Vuelve á sus ondas por su verde seno.
Detiene su corriente
El Ebro, y se sosiega la onda pura:
Y hácia el golfo de oriente
Su curso, como suele, no apresura;
Y Neptuno irritado
Echa ménos el feudo acostumbrado.

Ya del tranquilo rio
Las ninfas y tritones van saliendo:
Estos con grande brio
Las importunas olas van abriendo;
Porque salgan gustosas
Las ninfas en sus conchas primorosas.
Zagalas y pastores,
Que esperais en la orilla su llegada,
Decid si otras mayores
Bellezas vió jamas vuestra morada.
Decid, verdes orillas,
Si nunca vísteis tales maravillas.
Apénas han salido
Del agua, cuando dan dulces acentos
Al eco suspendido,
Y su gozo se esparce por los vientos.
Decid, aves canoras,
Si nunca oísteis voces tan sonoras.
Ya la mansa corriente,
A la orilla feliz bien envidiada
Las lleva blandamente;
Y los tritones sienten su llegada,
Y sacando hácia afuera
Los brazos, cada cual la suya espera.

Uno, que mas desea
La vuelta de su amada ninfa, dice:
Vuelve, mi Galatea,
Vuelve al constante amor de este infelice,
Así la Cipria Diosa
Te haga cada dia mas hermosa.
Esto mismo repite
Cada cual á la suya con terneza.
Y sabroso convite
Le prepara en señal de su fineza
De peces y de frutas,
Que el rio cria dentro de sus grutas.
Pero ellas no se cuidan
De tanto anhelo y de dulzura tanta,
Viendo que las convidan
A herir el suelo con ligera planta
Pastores mas hermosos,
Y Sátiros y Faunos bulliciosos.
Témplanse los panderos,
Y flautas y zampoñas pastoriles,
Con los suaves jilgueros,
Y zagales con voces juveniles;
Y con sus blancas manos
Tocan las ninfas sones mas que humanos.

La mas bella levanta
Al alto Olimpo tu eminente cuna;
Y con brio te canta
Superior al poder de la fortuna:
Y viva Ricla, viva,
Exclama el coro de la comitiva.
Otra su voz ofrece
A lo benigno de tu noble pecho,
E igualarlo parece
A los influjos del empireo techo:
Y el coro junto exclama,
Que Ricla viva con eterna fama.
Otra dice, que fuiste
Al reino últimamente del gran Cárlos;
Que á los Indios pusiste
Bajo su amparo para rescatarlos;
Y el gran coro vocea,
Viva el gran Ricla: venturoso sea.
Otra ninfa te canta,
Venciendo con estrago á los Germanos;
Y dice: ¡cuanto espanta
El hierro, si lo esgrimen esas manos!
Y el coro que lo ha oido
Repite: viva quien triunfante ha sido.

Otra dice tu zelo
Para las armas del Hispano Marte;
La bóveda del cielo
Vuelve mayor su voz para alabarte;
Y el coro escucha atento,
Y dice: viva, con sonoro acento.

A cada ninfa hermosa,
Que cantaba con zelo tus loores,
La comitiva ansiosa
Ofrecia guirnaldas de mil flores,
Y ella se las quitaba,
Y en tu estatua de mármol las dejaba.

Y el tiempo, grave anciano,
Con hoz irresistible y destructora
Se aparece; y ufano,
Mirando á la cuadrilla que te adora,
Dice: este será el solo
A quien defienda de mi brazo Apolo.

ANACREÓNTICA.

Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu estilo humilde,
Y deja á los Homeros
Cantar á los Aquiles.

Canta tú la cabaña
Con tonos pastoriles;
Y los épicos metros
A Virgilio no envidies.
No esperes en la Corte
Gozar dias felices,
Y vuélvete á la aldea,
Que tu presencia pide.
Ya te aguardan zagales,
Que con flores se visten,
Y adornan sus cabezas
Y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores,
Que deseosos viven
De escuchar tus canciones,
Que con gusto repiten.
Y para que sus voces
A los ecos admiren,
Y repitan tus versos
Los melodiosos cisnes:
Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu tono humilde,
Y deja á los Homeros
Cantar á los Aquiles.

ANACREÓNTICA.

Á LAS BODAS DE LESBIA.

Apaga, Cupido,
Tu ligera llama,
Si enciende Himeneo
Sus antorchas sacras.
Respeta de Lesbia
La mano ligada
A la de su dueño
Con tiernas guirnaldas.
Virtud y modestia,
Honor y constancia,
Por medio del templo
La llevan al ara.
Tus armas son pocas
Para arrebatarla
De la tropa fuerte
Que ya la acompaña.
Y si tus intentos
A tanto llegaran,
Vencido, abatido,
Burlado quedaras.

Y nuevo trofeo
Seria tu aljaba
Del triunfo seguro
Que honor alcanzára.
No mas me presentes
Con lisonjas falsas
Mudables cimientos
Para mi esperanza;
Que de sus virtudes
A la luz sagrada
Huyen las ideas
Culpables y vanas,
Como en noche obscura
Entre las montañas
El miedo al viajante
Pinta sombras varias,
Hasta que del carro
De Febo las llamas,
Esparciendo luces,
Disipan fantasmas.

ANACREÓNTICA.

Unos sabios gritaban
Sobre el sabor y nombre

Del licor que ofrecia
Ganimedes á Jove
En las celestes mesas,
Convidados los Dioses,
Suspensos los luceros,
Y admirados los hombres;
Y yo dije á mi Filis
Déjales que den voces:
El nombre nada importa,
Y del sabor, responde,
Que será el que tú dejas,
Cuando los labios pones
En la copa en que bebes
Los béticos licores,
Cuando contigo bebo,
Cuando conmigo comes;
Y déjales que griten
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimedes á Jove.

CUENTO.

En el obscuro bolsillo
De un miserable avariento

Reinaba un sumo descanso,
Duraba un largo silencio.
Ni Sol ni Luna podian
Enviar sus luces dentro,
Para dar un corto alivio
A los tristes prisioneros.
Ya de esto habrá colegido
El lector, como discreto,
Y sino, como atrevido,
(Que suele valer lo mismo,
Y mil veces confundirse
Discrecion y atrevimiento:)
Ya habrá, digo, discurrido,
Como digo de mi cuento
Que los tristes habitantes
De aquel castillo tremendo
No veian los teatros,
Las máscaras, los paseos,
Los banquetes, las visitas,
Las tertulias y los juegos;
Ni tampoco iban á hablarles
Aquellos hombres molestos,
De estos que hay, que por hablar,
Irán á hablar con los muertos.

Solamente en él entraban,
Siempre de noche y con tiento,
Del dueño de la prision
Los largos y frios dedos.
Contábalos uno á uno
Cien veces, y aun otras ciento.
Pues, señor, entre los tales
Tristísimos prisioneros
Los habia muy alegres,
(O Filósofos, ó necios,
Pues solo en estas dos clases
Se ven penas con sosiego),
Y por no saber que hacerse,
Se estaban entreteniendo
En contar las travesuras,
Que los malvados hiciéron
Cuando andaban por el mundo
Campando por su respeto.
Oyólos un ratoncillo,
Vecino de mi aposento,
Que en él suele comer libros,
Porque no halla pan ni queso;
Y todo me lo contó,
Prometiéndole el secreto,

Porque el raton y yo somos
Amigos y compañeros,
Y pasamos nuestras hambres
El y yo contando cuentos.
Así dice que decian.
Oigalo el sabio, y discreto...
Pero no quiero decirlo,
Porque se oyeran enredos,
Culpas, delitos y fraudes,
Osadías y portentos,
Que prueban lo que es el hombre,
Y lo que puede el dinero.

LETRILLAS PUERILES.

De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fué el primer dia
Del florido Abril;
Y chicas y chicos
Me suelen decir:

¿Porqué no te casan,
Mariquilla? Di.
De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
Ya sé, madre mia,
Que allá en el jardin,
Estando á mis solas,
Despacio me vi
En el espejito
Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas
Mi primo Luis:
De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
Miréme, y miréme
Cien veces y mil,
Y dije llorando
¡Ay pobre de mi!
¿Porqué se malogra
Mi dulce reir

Y tierna mirada?
¡Ay niña infeliz!
De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
Y luego en mi pecho
Una voz oí
Cual cosa de encanto
Que empezó á decir,
¿La niña soltera
De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es mas feliz:
De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
Si por ese mundo
No quisiéreis ir
Buscándome un novio,
Dejádmelo á mí,
Que yo hallaré tantos
Que pueda elegir,

Y de nuestra calle
Yo no he de salir.
De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
  Al lado vive uno
Como un serafin,
Que la misma misa
Que yo suele oir:
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí;
Y se pone léjos,
Si tambien venis:
De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
  Me mira, le miro,
Si me vió le ví,
Se pone mas rojo
Que el mismo carmin;
Y si esto le pasa
Al pobre, decid,

¿Qué quereis, mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
En frente vive otro
Taimado y sutil
Que suele de paso
Mirarme y reir;
Y disímulado
Se viene tras mí;
Y á ver donde llego
Me suele seguir:
De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
Otro ha que pasea
Con aire gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil,
Y á nuestra criada
La suele decir:

Bonita es tu ama,
¿Te habla de mí?
De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.

LETRILLAS SATÍRICAS.

IMITANDO EL ESTILO DE GÓNGORA, Y QUEVEDO.

Que dé la viuda un gemido
Por la muerte del marido,
Ya lo veo:
Pero que ella no se ria,
Si otro se ofrece en el dia,
No lo creo.
Que Cloris me diga á mí
Solo he de quererte á tí,
Ya lo veo:
Pero que siquiera á ciento
No haga el mismo cumplimiento,
No lo creo.
Que los maridos zelosos
Sean mas guardias que esposos,
Ya lo veo:

Pero que esten las malvadas
Por mas guardias mas guardadas,
No lo creo.
Que al ver de la boda el trage
La doncella el rostro baje,
Ya lo veo:
Pero que al mismo momento
No levante el pensamiento,
No lo creo.
Que Celia tome el marido
Por sus padres escogido,
Ya lo veo:
Pero que en el mismo instante
Ella no escoja el amante,
No lo creo.
Que se ponga con primor
Flora en el pecho una flor,
Ya lo veo:
Pero que astucia no sea
Para que otra flor se vea,
No lo creo.
Que en el templo de Cupido
El incienso es permitido,
Ya lo veo:

Pero que el incienso baste
Sin que algun oro se gaste,
No lo creo.
Que el marido á su muger
Permita todo placer,
Ya lo veo:
Pero que tan ciego sea,
Que lo que vemos no vea,
No lo creo.
Que al marido de su madre
Todo niño llame padre,
Ya lo veo:
Pero que él por mas cariño
Pueda llamar hijo al niño,
No lo creo.
Que Quevedo criticó
Con mas sátira que yo,
Ya lo veo:
Pero que mi musa calle,
Porque mas materia no halle,
No lo creo.

OTRAS.

Que un sabio de mal humor
Llame locura al amor,
Ya lo veo:
Pero que no se enloquezca
Cuando otro humor prevalezca,
No lo creo.
Que una doncella guardada
Esté del mundo apartada,
Ya lo veo:
Pero que no muera ella
Por salir de ser doncella,
No lo creo.
Que un filósofo muy grave
Diga que de amor no sabe,
Ya lo veo:
Pero que no mienta el sabio
Con el pecho y con el labio,
No lo creo.
Que una moza admita un viejo
Por marido, ó por cortejo,
Ya lo veo:
Mas que el viejo en confusiones

No dé por cuernos doblones,
No lo creo.
Que un amante abandonado
Diga que está escarmentado,
Ya lo veo:
Pero que él no se desdiga
Si encuentra grata á su amiga,
No lo creo.
Que una vieja ya se asombre
Hasta del nombre de hombre,
Ya lo veo:
Pero que ella no quisiera
Ser de edad ménos severa,
No lo creo.
Que una muger á su amante
Jure ser siempre constante,
Ya lo veo:
Pero que se pase un dia,
Y ella quiera todavia,
No lo creo.
Que de todas las mugeres
No importen los pareceres,
Ya lo veo:
Pero que de la que amamos

El parecer no sigamos,
No lo creo.
Que la muger cual cristal
La quiebre un soplo fatal,
Ya lo veo:
Pero que pueda soldarse
Si una vez llega á quebrarse,
No lo creo.
Que al espejo las coquetas
Estudien mil morisquetas,
Ya lo veo:
Pero que sea el cristal
El objeto principal,
No lo creo.
Que bastante he murmurado
En lo que está criticado,
Ya lo veo:
Pero que mucho no pueda
Criticarse en lo que queda,
No lo creo.
Que la novia moza y linda
Al novio viejo se rinda,
Ya lo veo:
Pero que crea el barbon

Que ella rinde el corazon,
No lo creo.

TRADUCCION DE HORACIO.

Al constante varon de ánimo justo
Jamas imprime susto
El furor de la plebe amotinada;
Ni la cara indignada
Del injusto tirano;
Ni del supremo Júpiter la mano,
Cuando irritado contra el mundo truena;
Ni cuando el norte suena,
Caudillo de borrascas y de vientos.
Si el orbe se acabara,
Mezclados entre sí los elementos,
El justo pereciera, y no temblara.

DESDENES DE FILIS.

EGLOGA

ENTRE DALMIRO Y ORTELIO, PASTORES.

POETA.

Como la tortolilla en su retiro
Con solitarios llantos y lamentos,
Triste se queja del rigor del hado,
Así en un bosque el infeliz Dalmiro
Sus quejas amorosas daba al viento,
De verse de su ninfa abandonado:
Léjos de su ganado,
De su cabaña ausente,
En su dolor demente,
De todos y de todas se ausentaba;
Lloraba, y sus sollozos duplicaba:
Solo la soledad apetecia,
Porque ella le imitaba
Con tanta natural melancolía.
¡Cuantas veces el sol, cuantas la luna

Sus concertados giros revolvian,
Y al pie del mismo tronco le encontraban!
El vecino arroyuelo y la laguna
Helarse y deshelarse se veian,
Y mudado á Dalmiro nunca hallaban.
Las aves que pasaban
Hállaban á Dalmiro
En el mismo retiro.
Las mismas voces con el mismo acento
Solia dar á la region del viento;
El eco de sus voces se cansaba,
Porque de su lamento
Lo mismo cada dia duplicaba.
Si alguno sin morir ha padecido
De zelos y desdenes la aspereza,
Sabrá lo que Dalmiro padecia:
Ya estaba á tal estado reducido,
Que ni aun llorar podia su tristeza;
Falto de fuerza estatua parecia:
Morirse se veía;
Y sin duda muriera,
Si algun Dios no quisiera
Que en lo sereno de la noche clara
Con su rebaño Ortelio se acercara,

Y conociera á su Dalmiro amado,
Pero no por la cara,
Que esta se habia ya desfigurado.
Ortelio por los ayes conducido
Al triste objeto que en los ayes daba,
Llegó, miró, y prorumpió en lamentos.
Por su antigua amistad enternecido,
Su pecho al de su amigo ya acercaba:
Ya le daba sabrosos alimentos,
Ya varios condimentos
De yerbas y de flores,
Por si con sus odores
Sacarle del letargo conseguia.
En vano con dulzura socorria
En sus brazos al triste moribundo:
Morir con él queria.
¡Ya no hay tales amigos en el mundo!
Dalmiro abrió los ojos lentamente,
Y los fijó sobre su Ortelio amado;
Y al punto que le vió, sintió consuelo.
Esfuerzos hizo con su voz doliente
Para contar á Ortelio su cuidado,
Su llanto, su desconsuelo.
Hasta que quiso el cielo

Que en tal amigo hallara
Consuelo que bastara,
Contándole con queja su quebranto.
En todo el mundo no hay consuelo tanto,
Como contar á su leal amigo
El motivo del llanto,
Sin arte, sin respeto, sin testigo.
Este coloquio entre los pastores
Pasó : si lo oye alguna ninfa bella,
¡Cual se envanecerá de su hermosura,
Al ver que al hombre matan los rigores
De la beldad, mas que los de la estrella,
Como prueba esta lúgubre aventura!
En la verde espesura
De este modo se habláron,
Y la historia tratáron :
No se tenga por cuento fabuloso;
Es tan seguro como lastimoso :
Todo pastor de amores escarmiente
Lance tan horroroso,
Y escuche este coloquio atentamente.

ORTELIO.

¡O tierno amigo de este pecho mio!

¡O Dalmiro, el mejor de los pastores!
Dime la causa de tus graves males.
Te veo moribundo, yerto, frio,
Y perdidos del rostro los colores,
Y tus ojos parados y mortales.
Alientos desiguales
Tu pecho da con pena.
La voz se te enagena:
¡Ay! sácame, te pido, del cuidado:
Si acaso mi amistad has olvidado,
Te pongo empeño superior ahora.
Dime lo que ha pasado,
Te lo pido por Filis tu pastora.

DALMIRO.

¡Ortelio! ¡amado Ortelio! calla, calla,
Aumentas con nombrarla mi quebranto.
Si el verla me causó tanta alegría,
Este tiempo pasó, tan otro se halla,
Que si tú me la acuerdas, en el llanto
Verás el fin de aquesta vida mia.
¡En triste aciago dia
Miré yo su hermosura!
¡O cuanta desventura

Aquel funesto dia ha producido!
No sé como mi fuerza ha resistido.
¡O necia ceguedad de los mortales!
¡Cuantas veces ha sido
Un bien principio de increibles males!

ORTELIO.

¿Quien? ¿Filis, la que tanto te quería?
¿La que un amor sin fin te aseguraba
Delante de zagalas y pastores?
¿La que buscaba flores
Por el valle y prado,
Y un ramo bien ligado
Con cinta del color de la firmeza
Te daba, como prenda de fineza?
¿La que te permitia que llevase
Su falda tu cabeza,
Y la siesta de Agosto así pasase?

DALMIRO.

La misma, sí, la misma, ¿quien creyera
Que la que fué tan buena se trocara
En exceso de fraude y tiranía?
Mas fácilmente imaginado hubiera
Que el céfiro borrascas abortara,

Y la luna saliera por el dia.
Mas fácil parecia
Vivir el tigre fiero
Con el manso cordero;
Salir los astros por el occidente;
Volver un rio contra su corriente:
Dar los cipreses rosas olorosas;
Y andar el inocente
Seguro por ciudades engañosas.
Lo que le parecia mas posible,
No ha sucedido al infeliz Dalmiro:
Lo que juzgué imposible me sucede.
Es céfiro como ántes apacible;
La Luna por la noche da su giro;
Al tigre la cordera el puesto cede,
Ni el rio retrocede;
Ni ha mudado la aurora
Su antiguo curso y hora;
Ni del cipres se acaba la tristeza;
Ni en las ciudades fraude y sutileza.
El órden de las cosas no ha variado
En la naturaleza;
Y Filis, sola Filis se ha mudado.

ORTELIO.

Y tú, Dalmiro, cuyo altivo pecho
Triunfaba ufano del rigor mas fuerte
Que á veces te ofrecia tu pastora,
¿Ese valor acaso se ha deshecho,
Que tan triste y postrado llego á verte?
¿Para cuando tu fuerza vencedora?
Alienta pues ahora,
Y suspende ese llanto:
No merecia tanto
La misma madre del rapaz Cupido,
La misma Vénus nunca ha merecido
El dominio de un alma generosa.
El mérito ha perdido
Por ser muger, si lo ganó por diosa.

DALMIRO.

Tienes razon... pero valor no tengo:
Ya muero, sí, ya muero: ni un instante
Me queda de una vida tan cansada;
Si algun aliento... alguna voz mantengo,
Solo es para pedirte que á mi amante

Mal dije, que á mi ingrata, que á mi amada
Digas que está acabada
De Dalmiro la vida,
Que queda complacida,
Que muero, cual viví, suyo de veras:
Ya siento de mis ansias las postreras.
A Dios, Ortelio, ya me siento yerto
Entre congojas fieras.

POETA.

Esto dijo Dalmiro, y quedó muerto.
Ortelio, del cadáver cuidadoso,
Una tumba erigió, como es debido,
Con ramas de cipres enlazadas,
No de mirto que á Vénus es gustoso,
Ni de yedra que es grata al dios Cupido,
Ni de otras yerbas al amor sagradas.
Dejólas coronadas
Con un corto letrero,
(Y nada lisonjero,
Como otros epitafios que ha dictado
La adulacion) porque este fué grabado
Solo para ejemplar de otros amores:
Yo lo tengo copiado,
Y así decia: escarmentad pastores.

GLOSA.

Engañando está Dalmira
Al pastor que la enamora;
Pero él responde: ¿pastora,
Eso es verdad, ó mentira?
Ella dice: dulce dueño,
Toda es tuya el alma mia;
En tí pienso todo el dia,
Contigo de noche sueño.
¿Dime, pastor, no te admira
La virtud de quien te adora?
Pero él responde: ¿pastora,
Eso es verdad, ó mentira?
Ella dice: si la suerte
Una corona me diera:
¡Cuan gozosa la perdiera,
Mi dueño, por no perderte!
Tu pastora solo aspira
A que la ames, cual te adora.
Pero él responde: ¿pastora,
Eso es verdad, ó mentira?

INJURIA EL POETA AL AMOR.

Amor, con flores ligas nuestros brazos:
Los mios te ofrecí lleno de penas;
Me echaste tus guirnaldas mas amenas:
Secáronse las flores; ví los lazos,
Y ví que eran cadenas.

Nos guias por la senda placentera
Al templo del placer ciego y propicio;
Yo te seguí, mas viendo el artificio,
El peligro y tropel de tu carrera,
Ví que era un precipicio.

Con dulce copa al parecer sagrada
Al hombre brindas de artificio lleno:
Bebí: quemóse con su ardor mi seno:
Con sed insana la dejé apurada,
Y ví que era veneno.

Tu mar ofrece con fingida calma
Bonanza sin escollo, ni contagio:
Yo me embarqué con tal falaz presagio:
Ví cada rumbo que se ofrece al alma,
Y ví que era un naufragio.

Al carro de tu madre, ingrata diosa,
Ví que tiraban aves inocentes:

Besáronlas mis labios imprudentes:
El pecho me rasgó la mas hermosa,
Y ví que eran serpientes.
Huye, amor, de mi pecho ya sereno:
Tus alas mueve á climas diferentes
Lleva á los corazones imprudentes
Cadenas, precipicios y veneno,
Naufragios y serpientes.

A LA FORTUNA.

Fortuna, á quien el vulgo llama diosa,
(Y tanto tu inconstancia lo desmiente),
Ni creas que tu ceño me amedrente,
Ni que por ver tu cara màs gustosa
Inmute yo mi frente.
Con ella levantada te he mirado,
Despreciando tus males y tus bienes,
Y cuando de triunfar del orbe vienes,
Te venzo; y del laurel que tú has ganado
Corono yo mis sienes.

AL ESPEJO DE FILIS.

Cristal, como eres liso, puro y llano,
No sabes lo que importa el fingimiento:

A Filis, enseñando su hermosura,
Igualaste lo altivo con lo bello.
  Tan niña como amor era mi Filis,
Cuando te señaló por consejero,
Contigo consultando los designios
De encadenar á todo el universo.
  Si entónces tú sus fuerzas le ocultaras,
Mil daños evitaras á este pecho,
Primer cautivo que en él de ella tuvo
Encanto y cárcel con dorados hierros.
  Pero tú claramente le dijiste
Que no igualaba el oro á sus cabellos,
Y que en ellos tenia mil tesoros
Para soborno del entendimiento:
  Que no habia en el mundo tales dardos
Como los rayos de sus ojos negros.
Entró en campaña, y con tan fuertes armas
Miró, y triunfó de todo el orbe entero.
  De los ojos humildes y postrados
El lánguido bajar rendido y tierno
Para templar las iras de un amante
Cuando conviene para sus intentos:
  El levantar los ojos enojados
Con aire magestuoso de desprecio,

Para enfrenar de algun osado amante
En su pasion el atrevido afecto:
El inquieto volver con gozo ó susto
Los ojos por la tierra ó por el cielo
Para encontrar errantes por el aire
Los de un amante fácil y ligero:
El pararlos tambien á un solo punto
Para fijar los de un amante inquieto,
Y las demas funciones de los ojos
Tú la enseñaste, y todos padecemos.
Tu escuela la enseñó de las risitas
Mas ó ménos fingidas los misterios,
Tapando con gracejo el abanico
Los dientes, que en la risa ya se viéron.
El asomar las lágrimas, si acaso
Han de causar algun terrible efecto,
Y el retirarlas, cuando á la tristeza
Conviniese mezclar algun tormento:
Aquel llevar la mano á la cabeza,
Tomando flor ó cinta por pretexto,
Y siendo el enseñar la hermosa mano
El solo fin de tan sutil manejo:
Todos estos sabidos artificios
Con muchos mas que para mí reservo,

Tú solo la enseñaste : mas no sabes
Como se vale de la fuerza de ellos.
¡Ay! no la digas mas las perfecciones
Que en su hermosura deposita el cielo,
O pide á las deidades que de bronce
Pongan un corazon en este pecho.

EPITAFIOS

PARA PONER SOBRE LAS SEPULTURAS DE VARIOS AMANTES.

I.

DE UNA MUGER QUE MURIÓ DE PURA CONSTANCIA.

Solo murió de constante
La que está bajo esta losa :
Acércate, caminante,
Pues no murió tal amante
De enfermedad contagiosa.

II.

AL MISMO ASUNTO.

Tan al Fenix parecida
Es la constante muger,
Que si no vuelve á nacer
De su tumba, está perdida
La fineza en el querer.

III.

DE UN MARIDO ZELOSO.

Este difunto era esposo,
Y los zelos le matáron:
De ejemplar tan horroroso
Los demas escarmentáron,
Pues ya ninguno es zeloso.

IV.

DE UNO QUE MURIÓ PORQUE NO LOGRÓ CASARSE CON QUIEN QUERIA.

El que está aquí sepultado,
Porque no logró casarse,
Murió de pena acabado.

Otros mueren de acordarse
De que ya los han casado.

V.

DE UN FILÓSOFO QUE MURIÓ DESESPERADO, PORQUE LA FILOSOFÍA NO LE LIBERTABA DEL AMOR.

Porque su filosofía
Contra el amor no bastó,
Este sabio se murió:
Dijo una que esto leia;
¡No soy filósofa yo!

VI.

DE UN AMANTE TÍMIDO.

Viajante, te has de parar,
Y mirar la sepultura
De uno que supo olvidar
Que aquel que no se aventura,
Nunca pasará la mar.

VII.

DE UNA VIEJA QUE MURIÓ DE AMORES.

Una vieja ha fallecido
De amor, y aqui se enterró.

Considere el advertido,
Si enamorada murió,
Que tal habria vivido.

FELICIO,

NUEVO AMANTE DE FILIS.

¿Estás envanecido, o nuevo amante,
De esa conquista que ántes era mia,
Pensando mantenerte eternamente?
Si discurres que tú la harás constante,
Te engaña tu infelice fantasía,
Como la mia me engañó inocente.
Un rápido corriente,
El mas veloz venado,
El már mas encrespado
Es ménos imposible que detengas,
Que no que un solo punto te mantengas
En ese corazon que me ha dejado;
Y es bien que te prevengas
A verte, cual me ves, abandonado.
Ni creas juramentos numerosos
Por sus hermosos labios repetidos,
Y por sus bellos ojos confirmados.

En lances los mas tiernos y amorosos
Los recibiéron estos mis oidos,
Entre tan dulces voces encantados.
¡Ày! fuéron quebrantados
Tan altos juramentos,
Y de los elementos
Ninguno me dejó de ser testigo.
Su falso pecho pues fingió conmigo,
Has de temer, aunque insensato seas,
Que fingirá contigo,
Por mas que entre fortuna hoy te veas.

VERSOS

PARA VARIAS ESTAMPAS QUE REPRESENTAN LOS PRINCIPALES AMORES DE LA FABULA.

JOVE INTRODUCIÉNDOSE EN LA TORRE DE DÁNAE CONVERTIDO EN LLUVIA DE ORO.

Una vez Jove intentó
Una conquista imposible:
El oro la hizo factible:
Mil Joves conozco yo.

BODA DE VÉNUS CON VULCANO, ASISTIENDO MARTE CON LOS MAS DIOSES AL BANQUETE.

¡Vénus alegre y mocita!
¡Vulcano viejo y zeloso!
¡Marte amigo del esposo!
¡Ay, qué boda tan bonita!

EL JUICIO DE PÁRIS, QUE DA LA PREFERENCIA Á VÉNUS SOBRE MINERVA Y JUNO.

A Vénus el premio diste,
Y el buen gusto lo aprobó;
Tambien te lo apruebo yo,
Pues con las Diosas que viste,
Mi Diosa no concurrió.

ENEAS ENCUENTRA Á SU ESPOSA CREUSA EN LOS CAMPOS ELISEOS, HABIÉNDOLA PERDIDO EN LA NOCHE QUE SALIÓ DE TROYA.

¿Cuando me hubiste perdido,
Los Dioses no me vengáron?

Sí : que al punto pronunciáron :
La muger pierda al marido,
Y obedecidos quedáron.

MEDEA DESPUES DE HABER FACILITADO Á JASON
LA CONQUISTA DEL VELLOCINO
POR MEDIO DE SUS ENCANTOS.

¿ Medea á Jason decia :
Habrá quien mas diestro sea
En mágica hechicería ?
Y Jason le respondia :
Yo que te hechicé, Medea.

SOBRE LOS VARIOS MERITOS
DE LAS MUGERES.

Del precio de las mugeres
Son varios los pareceres :
Cada cual defiende el suyo.
Yo que de disputas huyo,
Que nunca gustosas son,
A todos doy la razon,
Y con todas me contento :
Oid hasta el fin del cuento.

Unos gustan de que sea
Su dama hija de la aldea,
De sencillo pecho y trato,
Y que no les dé el mal rato
De artificiosos amores:
Que se salga á coger flores
Por el campo el mes de Mayo,
Con ligero y pobre sayo,
Que de sus abuelas fué...
Y tienen razon á fe.

Otros de mas alto porte
Quieren damas de la corte,
Con magestad y nobleza,
Aun mayor que la belleza,
Con adorno y compostura,
Que dé brillo á su hermosura,
Con fausto y ostentacion...
Y á fe que tienen razon.

Unos gustan de sabidas
(Que leidas y escribidas
El vulgo suele llamar),
Y que sepan conversar
Del estado, paz y guerra,
Del aire, agua, fuego y tierra,

Con la gazeta y café...
Y tienen razon á fe.
Otros son finos amantes
De las que son ignorantes,
Y que entregáron su pecho
Sin saber lo que se han hecho,
Que lloran al preguntar,
¿Qué cosa es enamorar,
Y donde está el corazon?
Y á fe que tienen razon.
Unos aumentan su llama
Cuando es juiciosa la dama,
Circunspecta, seria y grave,
Y que la crítica sabe
Del vos, del tú, y del usté...
Y tienen razon á fe.
Otros, al contrario, quieren
Que las niñas que nacieren,
Nazcan vivas y joviales,
Y se crien tan marciales,
Que de dos ó tres vaivenes
Entreguen sin mas desdenes
Las llaves del corazon....
Y á fe que tienen razon.

TRADUCCION DE CATULO.

De mi querida Lesbia
Ha muerto el pajarito,
El que era de mi dueño
La delicia y cariño,
A quien ella queria
Mas que á sus ojos mismos.
Llórenle las bellezas,
Llórenle los Cupidos,
Llórenle cuantos hombres
Primorosos ha habido.
Porque era tan gracioso,
Y con tan bello instinto
Conocia á su dueño,
Como á su madre el niño.
Ya se estaba en su seno,
Ya daba un vuelecito
Al uno y otro lado,
Volviendo al puesto mismo;
Su lealtad y gozo
Mostrando con su pico.
Ahora va el ciutado
Por el triste camino

Por donde nadie vuelve
Despues de haber partido.
¡O! ¡mal haya, mal haya
Vuestro rigor impío,
Tinieblas destructoras,
Crueldad del abismo!
Que destruyendo al mundo,
Tambien habeis sabído
Arrebatar de Lesbia
El pájaro querido.
¡O malvados rigores!
¡O triste pajarillo!
Que causan á mi Lesbia
Duro llanto continuo,
Quitando á sus ojuelos
Aquel hermoso brillo.

ANACREÓNTICA.

DE LOS AMORES DE VARIOS POETAS.

Ovidio amó á Corina,
Como Tibulo á Delia,
A su Cintia Propercio,
Y Catulo á su Lesbia,

Y á venideros siglos
Dijéron sus ternezas.
Tambien fuéron amantes
Los modernos poetas:
Testigos son los nombres,
Que en las frescas riberas
Del Támesis, del Tiber,
El Tajo, el Ebro y Sena
Llevan alegres nombres
De felices bellezas,
Amadas por los hijos
Del Dios que en Delfos reina...
Y yo quiero á mi Filis;
Y si ellos me superan
En la dulce armonía,
Mi alma se consuela,
Porque Filis la vence
A todas en belleza;
Y lo que por mí pierdo,
Vengo á ganar por ella.

RETRACTASE EL POETA

DE LAS INJURIAS QUE DIJO AL AMOR EN EL MISMO METRO.

Amor, yo te injurié lleno de penas,
Cuando Filis me hirió con sus rigores:
Pero ha vuelto á mi pecho sus favores,
Vuélveme á echar tus lazos, ó cadenas,
Hechas de suaves flores.

El precipicio, que pintó mi pena,
Su peligro y tropel me ofrece en vano.
Filis me vuelve á amar: dame tu mano,
Y llévame al placer: su senda amena
Es prado fresco y llano.

El vaso que arrojé cuando afligido
Su licor discurrí ser venenoso,
Vuelve á embriagar mi pecho ya gozoso:
Ya lo vuelvo á gustar: ¡ay Dios Cupido!
Es néctar delicioso.

Los vientos, que en tu mar turban las aguas
Y yo juzgué ser fieros septentriones,
Ya veo son ligeras mutaciones,

O soplos con que enciendes mas tus fraguas,
Y nuestros corazones.
Las que llamó serpientes mi injusticia,
Y llevan la deidad de la hermosura,
Me han vuelto á deleitar con su blancura:
Palomas son sin hiel y sin malicia,
Y llenas de ternura.
Vengan, amor, tu lazo y tu firmeza:
Llévame al templo; dame tu bebida;
Tu soplo aliente mi alma enternecida,
Y pon de las palomas la terneza
En mi Filis querida.

ANACREÓNTICA.

Unos pasan, amigo,
Estas noches de Enero
Junto al balcon de Cloris,
Con lluvia, nieve y yelo.
Otros la pica al hombro,
Sobre murallas puestos,
Hambrientos y desnudos
Pero de gloria llenos.
Otros al campo raso
Las distancias midiendo

Que hay de Vénus á Marte,
Que hay de Mercurio à Vénus.
Otros en el recinto
Del lúgubre aposento,
De Newton, ó Descartes
Los libros revolviendo.
Otros contando ansiosos
Sus mal habidos pesos,
Atando y desatando
Los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
Junto al rincon del fuego,
Asando unas castañas,
Ardiendo un tronco entero,
Hablando de las viñas,
Contando alegres cuentos,
Bebiendo grandes copas,
Comiendo buenos quesos;
Y á fe que de este modo
No nos importa un bledo
Cuanto enloquece á muchos,
Que serian muy cuerdos,
Si hicieran en la corte
Lo que en la aldea hacemos.

ANACREÓNTICA.

Pues Baco me ha nombrado
Virey de dos provincias,
Que de todo su imperio
Son las que mas estima:
Pues ya siguen las leyes
Que mis labios les dicta
De Jerez los majuelos,
De Málaga las viñas,
Cobremos los tributos
De las ubas mas ricas,
Y mis alegres sienes
Con pámpanos se ciñan.
Y salgan en mi obsequio
Las cubas mas antiguas;
Y que vengan bien llenas,
Y vuelvan bien vacías.
Canten mis alabanzas
Al son de las botijas,
De jarros y toneles,
Con sus voces festivas
Zagales y zagalas
De toda Andalucía,

Y cuantos asistiéron
A la última vendimia,
Digan viva el Virey,
Que Baco les envia;
Y si acaso á su canto
Faltasen las letrillas,
Lo ya dicho cien veces,
Otras ciento repitan,
Y toquen las botellas,
Y suenen las botijas.
Y si logro dormirme
Entre parras sombrías,
Bebiendo, y escuchando
Tan dulce melodía,
¿Qué me importa que mueran,
Qué me importa que vivan
Con pobreza, ó riqueza,
Con susto, ú alegría,
Cuantos otros Vireyes
La fortuna destina,
Los unos á la Europa,
Los otros á las Indias?

ANACREÓNTICA.

Por no sé que capricho
Filis juró olvidarme,
Pasados pocos dias
Hizo otra vez las paces,
Pero fué tan gustoso
Aquel feliz instante,
Que le digo mil veces:
Filis, vuelve á olvidarme,
Con tal que á pocos dias
Vuelvas á hacer las paces.

ANACREÓNTICA.

Me admiran en Lucinda
Aquellos ojos negros,
En Aminta los labios,
En Cloris el cabello,
La cintura de Silvia,
De Cintia el alto pecho,
La frente de Amarilis,
De Lisi el blanco cuello,
De Corina la danza,

Y de Nise el acento;
Pero en tí, Filis mia,
Me encantan ojos, pelo,
Labios, cintura, frente,
Nevado cuello y pecho,
Y todo cuanto escucho,
Y todo cuanto veo.

ANACREÓNTICA.

Cuando vuelvo de léjos,
Halló á Filis mas linda;
Y cuando estoy presente,
Siento dejarla un dia.
Vénus, haz un portento
En esta Filis mia,
Y es que me ausente de ella,
Sin perderla de vista.

TRADUCCION DE HORACIO.

Léjos, léjos de mí, vulgo profano,
Oidme, gentes, metros nunca oidos:
Que, como sacerdote de las musas,
A las vírgenes canto y á los niños.

Los pueblos temen á sus sacros Reyes,
Y los Reyes tambien tiemblan rendidos
Ante el excelso trono del gran Jove,
A cuyo ceño el cielo y el abismo
Se mueve obedeciendo, y cuya mano
Aterró á los gigantes atrevidos.

CARTA

ESCRITA DESDE UNA ALDEA DE ARAGON Á ORTELIO *

QUE HABIA ADIVINADO LA MELANCOLÍA DEL POETA.

Pastor ingenioso,
Ortelio discreto,
¿Como has acertado
La vida que llevo?
¿Qué estrella te dijo
(Pues lees en los cielos)
La vida que paso,
Cargada de tedio?
Desde que del hado

* Don Vicente Garcia de la Huerta, grande amigo del autor.

Conmigo severo
La mano tirana,
Firmó mi decreto
No he visto la cara
Serena al consuelo.
El cielo se muestra
Airado y tremendo;
Las yerbas sus verdes
Matices perdiéron,
Las aves no forman
Sus dulces conciertos,
Como acostumbraban,
De armoniosos metros.
Del sueño no grato
Cuando me despierto,
Solo oigo la ronca
Voz del negro cuervo,
Murciélago triste,
Gavilan siniestro,
O de otros iguales,
Para mal agüero.
Ni sueño gustoso
Cosas de contento:
Solo se aparecen

(Si alguna vez duermo)
Imágenes tristes
De horroroso aspecto;
Si salgo á los campos
A hablar con los ecos,
Los ecos se espantan
De mi devaneo,
Y nunca repiten
De tales lamentos
Las sílabas duras;
Con cuyo desprecio,
Andando en el aire,
Se las lleva el viento.
Ya de los ganados
Olvido el gobierno;
Se van mis ovejas
Por donde no quiero;
Ni sirve llamarlas,
Porque con desprecio
Al amo insensato
Perdiéron el miedo.
Tal vez á la orilla
De algun arroyuelo
A llorar mis cuitas

Acudo indiscreto.
De verle tan libre,
Y verme tan preso;
De verle cual corre
Por el campo fresco,
Y ver cual la suerte
Me tiene sujeto,
Me aparto mas triste,
Y él se va mas bello,
Habiendo tomado
Notable incremento
Con el llanto mio.
¡Oh! quieran los cielos,
Que seas tú solo
Quien saque provecho
De esta ausencia mia,
Arroyo discreto.
Si acaso mi flauta
Entona algun metro,
Resuenan tristezas
Que arroja mi pecho.
Si de otros pastores
Las danzas presencio,
Advierto mudanzas;

Y como las temo
Del pecho, que sabes,
El baile aborrezcò.
Si llego á la mesa,
Es vano el intento
De probar manjares:
Ninguno apetezco.
Los otros pastores,
Que advierten mi tedio,
Me ofrecen en vano
Algun alimento.
Entónces, amigo,
Comer plantas suelo,
O frutas del campo,
O leches, ó quesos,
Porque son comidas
De poco aderezo;
Y son naturales,
Como mis afectos.
Del agua mas pura
Alguna vez bebo
De una clara fuente,
Clara como el pecho,
Que á beber se inclina:

Y en su puro espejo
De horrores me espanto,
Cuando considero
Mi cara, ¡qué adusta!
Mis ojos, ¡qué muertos!
Mi boca, ¡qué triste!
Mis labios, ¡qué secos!
Y en tantas mudanzas,
Que padece el cuerpo,
Mi espíritu el mismo,
Y el mismo mi afecto,
Que cuando solia
Mirarmesereno
(¡Ortelio, deliro!)
En aquel espejo,
Tan limpio, tan puro,
Tan claro, tan terso,
En que yo veia
De placeres lleno
Alegres mis ojos,
Mi rostro halagüeño,
Mi boca chistosa,
Mis labios parleros,
Diciendo ternuras,

Y dulces requiebros,
Que oia gustoso
Mi adorado dueño:
¡Su vuelo tomáron
Las alas del tiempo!
Cupido, las tuyas
No sigan tal vuelo.
Los dias felices
Se pasáron luego,
Apénas sentidos,
Cual soplo ligero
De céfiro suave,
Que convida al sueño;
Y los tristes dias
Que al presente veo,
Son nortes furiosos,
Cuyo soplo adverso
Arranca las peñas,
Deshace los techos,
Destruye los campos,
Anuncia el invierno,
Destruye el rebaño
De tristes corderos.
En vano acostumbro

Con piadoso zelo
Al ara de Jove,
El padre supremo,
Llevar la pregunta
De si este tormento,
Que así me aniquila
Ha de ser eterno.
Mas dudas suscita
Su oráculo incierto,
Hasta que en furores
Se convierte el tedio;
Y pido á los Dioses
Fulminen del cielo
Centellas y rayos
De horroroso estruendo,
Que negras cenizas
Reduzcan mi pecho.
(Asunto bien fácil,
Pues ya lo está haciendo,
De amor y venganza
Unido el incendio.)
Ya pido á la tierra
Mas blanda que el cielo,
Que abriendo sus bocas

Puertas del Averno,
Me trague y sepulte
En su horrendo seno.
Ya desesperado
De no hallar consuelo,
Al mar yo me arrojo
Con mortal intento;
Sus olas que huyen
De mi ardiente incendio,
Me vuelven á echar
A la orilla luego,
Sin siquiera darme
El corto consuelo
De que con sus aguas
Se apague mi incendio.
Ya busco á las fieras,
De quienes deseo
Ser víctima triste;
Y quieren los cielos
Se ablanden sus furias,
Y no mi tormento.
Ya suelen los Dioses,
Inmortales dueños
De los corazones,

Templar mis desvelos
Por pocos instantes;
Y en ellos contemplo
La fuerza del hado
Que así lo ha dispuesto;
Que el hombre no puede
Por débil y necio
Frustrar de los Dioses
Los altos decretos.
Entónces confuso,
Y de dudas lleno,
Consuelo mis cuitas,
Diciendo á mi Ortelio:
Pastor ingenioso,
Ortelio discreto,
¿Como has acertado
La vida que llevo?
Escatro, el pastor
A quien tanto quiero,
Te envia expresiones,
Dignas de su pecho.
Por Jove te juro
(Y debes creerlo,
Porque yo lo digo,

Aun sin juramento)
Que tu amado nombre,
Que el nombre de Ortelio,
Que nombre tan caro
Será mi consuelo,
Miéntras haya estrellas
En el firmamento,
Flores en el campo,
Frutas en los huertos,
Llantos en mis ojos,
Y en mi alma duelos.
A Dios, o mi amigo,
Otra vez y ciento
A Dios te repite
Mi corazon necio
En la despedida
De un amado objeto.

MUDANZAS DE LA SUERTE.

Es cosa natural
Trocarse el bien en mal;
Y sucede tambien
Trocarse el mal en bien.

EJEMPLO PRIMERO.

Con vengativa y poderosa mano,
El padre y Rey supremo
De hombres y dioses, Jove soberano,
Tantos rayos vibró, como hay estrellas
En su mansion divina;
Y en uno y otro extremo
Del orbe estremecido
Cayéron las centellas;
Oyóse el cruel ruido,
Temióse la ruina,
Y los hombres creyéron que reinaba
Aquel, cuyo furor les espantaba.
Los límites rompió del mar salado
El Dios á quien fué dado

El imperio del mar y el gran tridente,
Y donde templo y gente,
Y campo y monte habia;
Hasta aquel crudo y horroroso dia
Hiciéron resonar con tristes sones
Sus retorcidas conchas los tritones.
¡Triste mortal! creyeras
Si aquel estrago vieras,
Que de peces la inmensa muchedumbre
De Guadarrama andara por la cúmbre,
Que apénas pasan las ligeras aves,
Y aun mas juzgaras que las grandes naves
(Como la que tremola
La bandera española,
Del nombre de Filipo guarnecida,
Y del Ingles Mateus tan temida)
Pasaran por las ásperas montañas
De nevada cabeza,
Con que naturaleza
La Europa separó de las Españas.
Tambien soltó la rienda á su elemento
El que contiene uno y otro viento
En una cueva, cuya secga puerta
Solamente fué abierta

Por complacer á la divina hermana
De Jove, que tirana
Las naves del Troyano perseguia;
Y Vulcano á quien poco parecia
Forjar los rayos para el dios Tonante,
Cien Vesuvios produjo en un instante;
Y ardió la mar y cielo, y aire y tierra,
Y cuanto el orbe encierra.

¡Con qué terror los míseros mortales
Tembláron y lloráron
El cúmulo de males
Que juntos los cercáron!
Nada valió contra el peligro y susto
La ciencia al sabio, la virtud al justo....
¿Qué fin tuvo, decid, el dia aciago,
O musas, que pintásteis este estrago?
Pasó la tempestad, calmóse el dia,
Y se trocó el terror en alegría.

EJEMPLO SEGUNDO.

Por industria de sabios profesores
Y trabajo de esclavos bien premiado
Está ya preparado
Con extraños primores

El soberbio salon para las fiestas.
Con lujo estan dispuestas
Las mesas con licores y manjares
Traidos por los mares
De cuanta tierra yace diferente
Desde el umbral del sol hasta occidente.
Los vasos de oro y los de bronce (tales,
Que el arte es superior á los metales),
Los de piedras preciosas,
Y los adornos varios
(Despojo bien ganado á los contrarios)
Coronados de rosas
Cubren las mesas, llenan las memorias
De batallas, trofeos y victorias.
La música de bélicos acentos,
Mezclados con suaves instrumentos,
Que alternan de la corte y la campaña
Los gustos y la saña,
O ya tierna, ó ya grave
Aplaude el nombre invicto del que sabe,
Guardando la memoria de la guerra,
Gozar los bienes que la paz encierra;
Junta con nuevo arte
Tus gustos, Vénus; tus venganzas, Marte.

¡Con qué bella arrogancia
Aguardan ya las ninfas el momento,
Que ha de romper lo dulce de su acento;
Por el aire ocupado con odores,
O ya de pomos de sutil fragrancia,
O ya de suaves flores!
Unas á otras se miran,
Se envidian, y se admiran;
No porque envidia rigorosa sientan,
Sino por el anhelo
Con que todas intentan
Levantar hasta el cielo
El nombre victorioso
Del héroe que en un carro primoroso
(Que fué de un grande príncipe vencido)
Llega ya rodeado, y conducido
De un séquito de nobles que á su lado
Habian noblemente peleado.
En medio de una turba de doncellas
De tierna edad y de beldad cumplida
Que anuncian su venida,
Llega Flora mayor que todas ellas;
Como en el fresco prado
De flores esmaltado

Se distingue la rosa.
  El llega, y ella presurosa...
¿Pero qué es lo que admiro?
¿Si será realidad lo que yo miro?
  Cuando crei que el gusto,
La pompa, la delicia, la hermosura,
Los placeres, la música, la danza...
¡Qué poco el gozo dura
Qué súbita mudanza!
¡Como se trueca en susto
Lo que nos fué mas grato!
  ¿Pues qué fin tuvo el célebre aparato?
El héroe quiso hablar, y de repente
Le acometió feroz un accidente,
Y se murió: gimió toda la sala,
Y en luto se trocó toda la gala.

SOBRE NO QUERER ESCRIBIR SATIRAS.

  Ciertos hombres adustos,
Llenos de hipocondría,
Que vinculan sus gustos
En desterrar del mundo la alegría,
Como amantes por otros despreciados,

Sabios empobrecidos,
Poderosos caidos,
Hijos malos, ó padres mal casados,
Me dicen que dejando la ternura,
Con que mi musa sabe
Cantar con tono suave
Tus gustos, Baco; Vénus, tu hermosura;
En vez de celebrar estos placeres,
Hable mal de los hombres y mugeres,
Sin reparar el labio enfurecido
De esta implacable gente,
Que á todo hombre viviente,
En cualquiera lugar que haya nacido,
Sea Iroques, ó Patagon gigante,
Fiero Hotentote, ó Noruego frio,
O cercano, ó distante
Le miro siempre como hermano mio,
Recibiendo en mi seno
Al malo con piedad, con gusto al bueno.
  Léjos de contentarme,
Prosiguen con mas fuerza en incitarme
A que deje los huertos y las flores,
Pastoras y pastores,
Viñas, arroyos, prados,

Ecos enamorados,
La selva, el valle, la espesura, el monte,
Y que no inste al dulce Anacreonte,
Al triste Ovidio, al blando Garcilaso,
A Catulo amoroso, á Lope fino,
Ni á Moratin divino
Que entre estos tiene asiento en el Parnaso,
Sino que la tranquila musa mia,
De paloma que fué, se vuelva harpía;
Que los vicios pondere con fiereza,
Que haga gemir á la naturaleza
Bajo los golpes de mi ingrata mano.
Con esto todos á cual mas ufano
Me refieren los vicios de los hombres
Con horrorosos nombres,
Como astucia, rencores, inconstancia,
Bajeza, tiranía,
Codicia y arrogancia,
Traicion, ingratitud é hipocresía.
Pero así como tiemblan sorprehendidos
Los villanos de un pueblo, acostumbrados
A su quietud, cuando la vez primera
Penetra sus oidos
La música guerrera,

Cuando llegan soldados
De rostro fieros, y de estraños trages,
Con estrépito horrendo
De hombres, de caballos y equipages,
Y se dividen con igual estruendo
Por la pequeña plaza en cortos trozos;
Y los viejos refieren á los mozos
Que aquellos hombres matan á la gente,
Y se comen los niños fieramente;
Y cada madre esconde, y encomienda
A su Dios tutelar la dulce prenda
Del matrimonio santo:
Pues así yo con no menor espanto
Oí los nombres, y ponderaciones
De vicios y pasiones
De que tal vez privados no se hallaban
Los mismos que en los otros los tachaban.
Y vi que el solo digno de censura
Es el que ponderarlos mas procura,
Sin otro fin que el ostentar ingenio
En la mordacidad, ira y rencores;
Y así vuelvo á cantar segun mi genio
Tus viñas, Baco; Vénus, tus amores.

LETRILLA.

¿Pero á mí qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.
Llora el jóven heredero
Del padre anciano la muerte,
Porque no dejó mas fuerte
El talegón del dinero,
Pero mira placentero
La comitiva llorosa,
Que al cuerpo cantando está:
¿Pero á mí qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.
Aquel que en el coche ves
Mirar á todos con ceño,
Dé gracias á un Extremeño
Que hubo por nombre Cortes;
Que si no, bien al reves
Su persona fastidiosa
Iria de lo que va:
¿Pero á mí qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.
Dícele la hermosa al viejo
Llega, dulce prenda mia,

¡Qué dichosa me creeria
Si tú fueras mi cortejo!
Y él á pesar del espejo,
A la niña mentirosa
Casi creyéndola está:
¿Pero á mí qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

CANCION

DE UN PATRIOTA RETIRADO Á SU ALDEA.

Para defensa suya
Produce nuestra España
Los caballos del Bétis,
Y el hierro de Cantabria,
Y sangre antigua Goda,
Que ansiosa se derrama
Si su patria lo pide,
Y si su Rey lo manda;
Y para su regalo
La fruta delicada,
Pescados de sus costas,
Que entrambos mares bañan,
Y tesoros de Baco
En Málaga y Peralta,

En Jerez y en Tudela,
Y en la vecina Mancha:
Pues ea, amigos mios,
Miéntras quieren las altas
Deidades protectoras
De la feliz España
Darnos la paz tranquila
Que gozan las labranzas,
Las viñas y los huertos,
Los rebaños y casas:
Vivamos, y gocemos
Cuanto con mano franca
Nos da naturaleza
En los otros avara:
Venid, venid alegres
Zagales y zagalas,
Con castañuelas, tiples,
Panderos y guitarras:
Llegaos á mi choza
Humilde, pero grata,
Donde faltan adornos,
Pero gustos no faltan.
De este lado los chicos,
Y de este las muchachas,

Y aquí junto á mi puerta
Los ancianos y ancian as
Lloran de gozo viendo
A sus proles amadas.
Cantad alegres sones,
Bailad alegres danzas,
Miéntras que se disponen
Las rústicas viandas;
Y del vino mas rico
Veinte botas se sac an,
Jamones de Galicia,
Cecina de Vizcaya,
Olivas de Sevilla
Y de Aragon manzanas.
Cantad antiguas letras,
Sin justicia olvidadas,
Como á vuestras abuelas
Las suyas las cantaban.
Decid como Rodrigo,
El último Monarca,
Pero el mas infelice
De la Goda prosapia,
Se perdió por amores
De la malvada Caba,

Y á manos de Africanos
Dejó perdida España,
Quedando en cautiverio
Sus provincias cuitadas.
Decid como Pelayo
Salió de las montañas,
Con la gente que tuvo,
Que era poca, y honrada.
Cantad de Don Alfonso,
A quien el Casto llaman,
Y que negó el tributo
De niñas desgraciadas,
Que al malvado Rey moro
Los Cristianos pagaban.
Decid como ellas mismas,
Con varonil jactancia,
Al lado de los hombres
Esgrimian las armas,
Y como todas ellas
A los hombres llamaban
Cobardes cuando huian,
Amantes si triunfaban,
Y así por varios trozos
Los fastos de la patria

Decid, con voz acorde,
Al son de vuestra danza:
Que yo tambien quisiera,
Si no me lo estorbaran
Lo flaco de mi cuerpo,
Los años y las canas,
Juntar con vuestros tonos
La voz de mi garganta.
Pero en medio de todos,
En esta silla blanda,
Que fué de mis abuelos,
Y á mis biznietos pasa,
Oiré vuestras canciones,
Y veré vuestras danzas;
Y al que excediere á todos
En la voz mas gallarda,
En baile mas airoso,
Sin ser de envidia causa,
Daré el debido premio,
Y al cielo justas gracias,
Porque sobre vosotros
Tales dones derrama.
Bailad, cantad contentos,
Si dura la paz santa;

Y si Marte os turbare
Con su horrorosa saña,
Sonando sus trompetas,
Y tocando sus cajas,
Dejad esos placeres,
Y acudid á las armas;
Que para su defensa
Produce nuestra España
Los caballos del Bétis,
El hierro de Vizcaya,
Y sangre antigua Goda
Que alegre se derrama,
Si su patria lo pide,
Y si su Rey lo manda.

ANACREÓNTICA.

Los que no saben, Baco,
Lo que abarca tu reino,
Juzgan que no pasastes
Los altos Pirineos,
Y piensan que en España
No tienes grandes templos,
Donde acudan gustosos
Los nobles y plebeyos.

Como en otros paises,
Tu nombre es grato en estos,
Solo que con mas brindis
Se hace ménos estruendo.
Las horas que en su corso
Consume el Dios de Delfos,
Con una sola copa
Gasta el bello Flamenco,
Como el Frances sociable,
Y el Aleman guerrero;
Pero los Españoles
De otro modo lo hacemos;
Y como es taciturno
Y grave nuestro genio,
Bebemos y callamos,
Callamos y bebemos:
Y algunos, que desechan
Usos de antiguos tiempos,
Cantan tu nombre, y beben
Condenando el silencio.
Y tú viste á mi Filis
(Sus primorosos dedos
Sosteniendo la copa)
Cantar tu nombre en versos,

Que tal vez yo compuse
Por tí y por ella á un tiempo.
Por cierto que en sus ojos
Brillaban dobles fuegos,
Con los tuyos, o Baco,
Los de la bella Vénus :
Y yo, que de uno y otro
Tenia el pecho ardiendo,
Repetia las copas,
Doblaba los requiebros.
¿Pues qué yo no cantaba?
¿Qué, no cantaba Ortelio,
Ausente de su Lisi,
Por no aclarados zelos?
¿Pues qué no repetia
Los baquicos acentos
La sala del banquete,
Con sus nocturnos ecos?
Publica pues al mundo
Que tienes ara y templos
Desde el Pirene altivo
Hasta el Herculeo Estrecho,
Miéntras que yo publico
Tu gloria al universo,

Con Jerezanas cubas,
Y castellanos versos.

ANACREÓNTICA.

Vivamos, dulce amigo,
Mirando con desprecio
Los aparentes gustos
De los ricos soberbios.
Dejemos que se miren
Con recíproco miedo,
Y con mútuas traiciones
Doren crudos venenos:
Que abunden en sus casas
La pompa y el recreo,
Miéntras abundan sustos
Y fraudes en su pecho:
Que el vínculo reciban
De un violento himeneo,
Que privará á sus almas
De amores verdaderos.
Tengan endebles hijos,
A quienes hagan necios
Lisonjas de criados,
Inciensos de vil pueblo;

Y mueran engañados,
Gozoso el heredero
Que quiere mas ansioso
Quitarles hasta el tiempo.
Diga despues el mármol
A siglos venideros
Lisonjas que no creen
Los del presente tiempo :
Y esta serie precisa
A los sabios dejemos,
Para que ufanos luzcan
Sus disgustos severos;
Miéntras humildes gustos,
Y por tanto mas ciertos,
De nuestra corta vida
Ocupan los momentos :
Y la amistad sagrada
Hermane nuestros pechos,
Como hermanan las musas
Nuestros gustos y versos
En sencillos banquetes
Que sazona el afecto.
Pase, sin ser sentido,
El carro del Dios Febo;

Y prosigan los gozos
La risa y el festejo.
Hasta que vuelva Apolo
Segundo giro al cielo;
Guiándonos Cupido
A gozos mas amenos,
Con Filis y Dorisa,
Que ocupan nuestros pechos:
Y sin cuidarnos mucho
De que lejanos nietos
Transmitan á los siglos
Los apellidos nuestros,
Cantando nuestras obras,
Gozosos morirémos.
Cubriendo nuestras tumbas
Los buenos compañeros
Con pámpanos de Baco
Y con mirtos de Vénus:
Y en los vecinos troncos
Grabarán un letrero,
Que diga lisamente
Cosas que merecemos,
Versos que compusimos,
Y que aplaudiéron ellos.

Zagales y zagalas
De los vecinos pueblos
Vendrán á nuestra tumba
Con flautas y panderos :
No con lúgubres voces
Resonarán los ecos,
Sino con dulces tonos,
Y con alegres metros;
Porque sabrán, sin duda,
Los que nos conociéron,
Que nunca nos llenáron
Ambiciosos deseos;
Que no fuimos traidores,
Avaros, ni perversos.
Esto cantará á todos
El respetable Ortelio,
De Vénus y de Baco
Sacerdote completo;
Y con su barba cana,
Y con su grave aspecto,
Beberá grandes copas,
Dirá sabrosos versos,
Captándose de todos
El amor y el respeto :

Cual entre alegres Faunos,
Y Sátiros traviesos,
Sileno fué querido,
Aquel viejo Sileno,
Que fué del mismo Baco
Admirado maestro;
Y despues que consuman
Los que al templo viniéron
La leche blanca y fria,
El vino tinto y viejo,
Se volverán cantando,
Así como viniéron,
Hasta que doce meses
Pasados, vuelva al puesto
Con igual comitiva
Y con igual afecto
Ortelio, y que repita
A ninfas y mancebos,
Cantad, que de Dalmiro,
Y Moratin los cuerpos
En esta tumba yacen.
Detente, pasagero,
Que aquí yacen los hijos
Del suave Anacreon.

SONETO.

RENUNCIANDO AL AMOR Y Á LA POESÍA LÍRICA CON MOTIVO DE LA MUERTE DE FILIS.

Miéntras vivió la dulce prenda mia,
Amor, sonoros versos me inspiraste;
Obedecí la ley que me dictaste,
Y sus fuerzas me dió la poesía.
Mas ¡ay! que desde aquel aciago dia,
Que me privó del bien que tú admiraste,
Al punto sin imperio en mí te hallaste,
Y hallé falta de ardor á mi Talía.
Pues no borra su ley la Parca dura,
(A quien el mismo Jove no resiste)
Olvido el Pindo y dejo la hermosura,
Y tú tambien de tu ambicion desiste,
Y junto á Filis tenga sepultura
Tu flecha inútil, y mi lira triste.

ANACREÓNTICA.

Á LA MUERTE DE FILIS.

En lúgubres cipreses
He visto convertidos
Los pámpanos de Baco,
Y de Vénus los mirtos :
Cual ronca voz del cuervo
Hiere mi triste oido
El siempre dulce tono
Del tiern ojilguerillo :
Ni murmura el arroyo
Con delicioso trino,
Resuena cual peñasco
Con olas combatido.
En vez de los corderos
De los montes vecinos
Rebaños de leones
Bajar con furia he visto.
Del sol y de la luna
Los carros fugitivos
Esparcen negras sombras
Miéntras dura su giro.

Las pastoriles flautas
Que tañen mis amigos
Resuenan como truenos
Del que reina en Olimpo.
Pues Baco, Vénus, aves,
Arroyos, pastorcillos,
Sol, luna, todos juntos,
Miradme compasivos,
Y á la ninfa que amaba
Al infeliz Narciso,
Mandad que diga al orbe
La pena de Dalmiro.

ANACREÓNTICA.

Despues de haber bebido
A noche (como suelo)
Dormido en tiernas parras
Tuve un gustoso sueño.
Soñé que el gran dios Baco
Por dilatar su imperio
Al Parnaso queria
Ganar á sangre y fuego.
Cierta queja alegaba
De que Virgilio, Homero,

Taso, Milton, y Ercilla
No le ofrecen sus versos,
Del todo dedicados
A poemas guerreros,
De elevados asuntos,
Y de pomposos metros.
Juntó de sus bacantes
Muchos trozos soberbios,
Que esgrimiran sus tirsos,
Al son de sus panderos,
Y llenas de aquel jugo
Que en Málaga han dispuesto
Las manos de las ninfas
De aquel bello terreno,
Ya daban fieros gritos,
Y amenazas al eco,
Y con forzudas danzas
Disponian los cuerpos.
Rodeado de Faunos
Vino el viejo Sileno
Para mas animarlos
Con su rostro y acento.
Dijo del dios del vino
Los animosos hechos,

Cuando triunfó del Indo
Con sus armas y estruendo,
Y á cada verso suyo
Ardia en nuevo fuego
La tropa deseosa
De algun nuevo trofeo.
Del mismo dios el carro
Llegó al campo ligero,
Tiraban de él dos tigres
Feroces y sangrientos.
A la falda del monte
Con furia acometiéron,
Pero salió al camino
El anciano Anacreon;
Y mirándole Baco,
Detuvo á sus guerreros,
Y les dijo : por este
A todos perdonemos :
Y en alabanza suya
Cantó coplas el viejo,
Y todos le abrazáron,
Y cantando se fuéron.

SONETO.

Á LA PRIMAVERA DESPUES DE LA MUERTE DE FILIS.

No basta que en su cueva se encadene
El uno y otro proceloso viento;
Ni que Neptuno mande á su elemento
Con el tridente azul que se serene;
Ni que Amaltea el fértil campo llene
De fruta y flor; ni que con nuevo aliento
Al eco den las aves dulce acento,
Ni que el arroyo desatado suene.
En vano anuncias, verde primavera,
Tu vuelta de los hombres deseada,
Triunfante del invierno triste y frio.
Muerta Filis, el orbe nada espera
Sino niebla espantosa, noche helada,
Sombras y sustos como el pecho mio.

GLOSA.

LAMENTOS CON MOTIVO DE LA MUERTE DE FILIS.

Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mi!
O Musa (si acaso
La hay tan infeliz,
Que esté destinada
Para presidir
El llanto y gemido)
Venid, influid
El tono mas triste
Que se pueda oir:
Mi Filis hà muerto:
¡Ay triste de mi!
Desde estos mis brazos,
En que yo la ví,
En dias alegres
Mirarme y reir,
La muerte alevosa
Con sorpresa vil
Cortó de su vida
El hilo sutil.

Mi Filis ha muerto :
¡Ay triste de mí!
  Los labios muriendo,
Procuraba abrir,
Para despedirse
Sin duda de mí,
Pero se secáron
Sin poder servir,
Cual rosa que muere
Pasado su Abril.
Mi Filis ha muerto :
¡Ay triste de mí!
  Lo que no pudiéron
Sus labios decir,
Quisiéron sus ojos
Volviéndose á mí;
Pero en aquel punto
Cerrarse los ví,
Y yo solo pude
Turbado decir :
Mi Filis ha muerto :
¡Ay triste de mí!
  De su fino pecho
El blanco marfil

En pálida cera
Convertirse vi;
Y en tristes colores
Aquel carmesí,
Que de otras bellezas
Envidiado vi:
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!
Decidme, deidades
Tiranas, decid,
¿Sin la que fué mi alma
Como he de vivir?
La molesta vida
Que me consentis,
Despues de su muerte
Gastaré en decir:
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!
Si vuestros rigores
Podeis convertir
En lástimas justas,
Mis quejas oid:
Y cual otro Eneas,
Que baje sufrid,

Con la sacra rama
Al campo feliz :
Mi Filis ha muerto :
¡Ay triste de mí!

De mi amada prenda
La sombra sutil
Podré con mis brazos...
¡Mas necio de mí!
Su sombra queria
Con el brazo asir,
Cual si fuera cuerpo :
¡Ay qué frenesí!
Mi Filis ha muerto :
¡Ay triste de mí!

Cerbero, Aqueronte,
Las furias en mí
No pondrán asombro :
Mi voz infeliz
Ablandará á todos,
Si me oyen decir :
Mi Filis ha muerto :
¡Ay triste de mí!

EPÍSTOLA

DEDICADA Á ORTELIO.

Desde el centro de aquestas soledades,
Gratas al que conoce las verdades,
Y la complicacion de los engaños
Del mundo, y aprovecha desengaños;
Te envio, amado Ortelio, fino amigo,
Mil pruebas del descanso que consigo.
Ovidio en tristes metros se quejaba
De que la suerte no le toleraba
Que al Tiber con sus obras se acercase,
Sino que al Ponto cruel le destinase;
Mas lo que de poeta me ha faltado
Para llegar de Ovidio á lo elevado,
Me sobra de filósofo, y pretendo
Tomar las cosas como van viniendo.
¡Oh! como extrañarás cuando esto veas
Y solo bagatelas aquí leas,
Que yo, criado en facultades serias,
Me apliqué á tan ridículas materias!
Ya arqueas, ya levantas esas cejas,
Ya el manuscrito de la mano dejas,

Y dices : ¿ por juguetes semejantes
Porqué dejas los puntos importantes?
¡No sé porqué capricho tú te olvidas
Materias tan sublimes y escogidas !
¿ Porqué no te dedicas, como es justo,
A materias de mas valor que gusto ?
Del público derecho que estudiaste,
Cuando tan sabias cortes visitaste :
De la ciencia de estado, y los arcanos
Del interes de varios Soberanos;
En la ciencia mortal que al hombre enseña
Lo que en su obsequio la virtud empeña,
De las guerreras artes que aprendiste
Cuando á campaña voluntario fuiste.
¿ De la ciencia de Euclides demostrable,
De la física nueva deleitable,
No fuera mas del caso que pensáras
En escribir aquello que notaras ?
¿ Pero coplillas ? ¿ y de amor ? ¡ ay triste !
Perdiste el poco seso que tuviste.
¿ Has dicho, Ortelio, ya cuanto enfadado
Quisiste á este pobre desterrado ?
Pues mira, ya con fresca y quieta flema

Te digo que prosigo con mi tema.
De todas esas ciencias que refieres,
(Y añade algunas otras si quisieres),
Yo no he sacado mas que lo siguiente:
Escúchame, por Dios, atentamente;
Mas no, que mas parece lo que digo
Relacion, que no carta de un amigo.
Si miras mis sonetos á la diosa
De todas las antiguas mas hermosa,
El primero dirá con claridades
Porque dejé las altas facultades,
Y solo al pasatiempo me dedico:
Que los leas despacio te suplico,
Y si conoces que razon me sobra,
Calla, y no juzgues que es tan necia mi obra.
Pero si acaso omites este asunto,
Y la crítica pasas á otro punto,
Cual es el que contiene la obra mia,
Faltas contra la buena poesía.
Conozco tu razon, mas oye atento;
Con Ovidio respondo á tu argumento:
Si qua meis fuerint, ut erunt, vitiosa libellis,
Excusata suo tempore, lector, habe.

Exuleram; requiesque mihi non fama petita est;
*Mens intenta suis ne foret usque malis.**
Significa (y perdona la osadía
De interpretar de Ovidio la armonía,
Porque en la traduccion es consiguiente
Que pierda la dulzura competente,
Como sucede á todos los autores
En manos de mejores traductores).
El tiempo en que aquesta obra yo compuse
Las faltas que hallarás, lector, excuse,
Quietud busqué, no fama, desterrado,
Por distraer á mi alma del cuidado.

A Dios.

INVOCACION

DE OVIDIO Á LA MUSA.

¡Oh musa, que de Ovidio conduciste
La pluma magistral en los amores!
Pues sentido he, como él, fieros rigores,
La gracia que á su pluma concediste,
A la mia concede sus ardores.

* *Ovid.* lib. 4. Trist. Eleg. 1. v. 1, 2, 3, 4.

A Ovidio se parezca en esta gracia,
Quien tanto se parece en su desgracia:
Aparta de mi pluma y de mi mente
Conceptos viles, bajas expresiones;
Destierra lo ordinario y lo indecente,
Frecuente en los comunes corazones.
Haz que mi pluma ufana en lo eminente
Esmalte en sus poemas sus blasones
Tanto, que por el vulgo no entendida,
Sea solo de sabios aplaudida.
Del Español Olimpo muchas diosas
(Cuyas iras te juro son funestas)
Si mucho mas que Vénus son hermosas,
Mil veces mas que Palas son honestas:
Mis obras en sus manos primorosas
Algun felice dia serán puestas;
Y viendo alguna voz torpe y obscura,
Convertirán en ceño su hermosura.
Ortelio, cuyo genio Apolo sabe,
Pues es del dios Apolo conocido:
Es de carácter noble, fino, suave,
Y Ortelio es el Mecenas que he elegido.
No creas que jamas su genio alabe,
Sino lo mas sublime y escogido,

Y la serenidad de su semblante
Se ofuscará en lo torpe ó disonante.

LAMÉNTASE UNA PASTORA

DE LA INJUSTICIA DE SU MADRE EN LAS SIGUIENTES SEXTAS Á LA CODICIA.

¿Si usurpas la justicia,
No basta á tus furores,
Sin querer tu malicia
El dominio usurpar de los amores?
¿Porqué diste á mi madre un poderio
Que tú no tienes en el pecho mio?
Tu fuerza prodigiosa
Con arrancar el mundo de sus ejes,
Conténtese ambiciosa,
Como al amor en sus resortes dejes:
Todo el mundo te cedo como tuyo,
Pero tú deja á Vénus lo que es suyo.
¡Oh! ¿como has permitido,
Vénus, que de una madre la codicia
Del fruto de Cupido

No ofreciese á ti sola la primicia,
Reservándose injusta
La ley que solo á tí seria justa?

Una tierna pastora
Con flores sus amores fina ostenta
Al dueño á quien adora;
Símbolo de su pecho le presenta:
Regalarte una flor mi alma medita,
Silvio, mas ¡ah, mi Silvio, qué marchita!

Intacto está mi pecho,
Goza de su ternura; ¡Silvio amado!
Seguro y satisfecho
De que nadie hasta ahora la ha logrado:
Esta prenda te pruebe mi terneza,
Que la otra sin aquesta no es fineza.

CARTA A AUGUSTA MATRONA,

QUE INCLINADA Á LA FILOSOFÍA, EMPIEZA Á FASTIDIARSE DE LA CORTE.

¡Egregia Augusta mia!
Me dices en tu carta celebrada
Que á la filosofía

Alguna vez te sientes inclinada:
Recíbela en tu pecho, persuadida
Que ella es el solo bien de nuestra vida.
Tristes son los mortales,
Que fingen en su idea diversiones,
Sus fuerzas desiguales
Al peso de sus males y aflicciones
Con exteriores gustos y contentos
Ocultan lo interior de sus tormentos.
Al filósofo, Augusta,
En cada punto la naturaleza
Obsequia, sirve y gusta:
Todo es para él quietud, todo riqueza,
Ni se acaba el contento que recibe;
Vive feliz, y muere como vive.
El vulgo de los hombres
Vive entre pena, envidia, llanto y susto,
Su vida (no te asombres)
Apénas por mil penas logra un gusto,
Y aun ese acaba, y pasa tan temprano,
Que aun no le goza el corazon humano.
Recibe pues prudente
La luz que ya comienza á iluminarte:

Agradece el presente
Que quieren las estrellas regalarte:
El tiempo te dirá lo que has ganado,
Y la razon dirá lo que has dejado.
De la corte te ausenta;
El filósofo en ella es despreciado:
Pues ni finge, ni ostenta,
Ni adula, ni es ansioso, ni es osado:
Vente á la aldea, su sencilla vida
A la naturaleza es parecida.
Por los campos el sabio
Usa de aquel derecho incontrastable
De que su justo labio,
Cual siente el corazon, se explique y hable:
Al malo llama malo, al necio necio,
Y á cada cosa da su justo precio.
El pecho sin el susto
De tanto respetillo enagenado,
Concibe, como es justo,
Lo que el alma tranquila le ha dictado;
Y el alma sin ficciones misteriosas
Recibe las especies de las cosas.
Deja lo artificioso;

Desprecia la lisonja y la mentira,
Olvida lo estudioso,
Abandona ese fausto que te admira,
La corte, y las locuras que eslabona,
Deja, desprecia, olvida y abandona.
Aprecia lo apacible,
Busca lo que es sencillo y placentero,
Goza de lo plausible,
Experimenta un gozo verdadero
Al campo, y los placeres que presenta
Aprecia, busca, goza, experimenta.
Esos coches dorados,
Esos encajes, telas y diamantes,
Esos muchos criados,
Esos timbres, blasones arrogantes,
Olvida, pues no gozas de ellos nada,
Siendo ménos señora que encantada.
Esta alegre campaña,
Este bosque, vergel, jardin y prado,
Este arroyo que baña
Este tesoro para tí guardado,
Disfruta pues con pródiga franqueza
Toda la liberal naturaleza.
Verdad es que en la aldea,

De fatuos una turba bulliciosa,
Que tu toaleta vea,
No puedes encontrar, ¡Augusta hermosa!
Pero hallarás pastoras y pastores
Que te cubran el lecho con mil flores.
  Ni el page primoroso,
Ni la criada antigua y estimada
Un almuerzo suntuoso
Presentará en vajilla bien labrada;
Pero la leche blanca, cual tu frente,
Permitirás mi mano te presente.
  Ni polvos, ni pomada,
Cintas compuestas, aguas ni alfileres
Te ofrece mi morada,
Ni espejo consejero de mugeres:
Podrás en un arroyo divertirte,
Lavarte, poner flores y vestirte.
  Los muchos ornamentos
Que el lujo cada dia multiplica
Son fuertes argumentos
De lo que el artificio fructifica;
Mas solo pueden engañar al necio,
Como ellos acreedor á tu desprecio.
  Aquí que solamente

Tendrás que divertirte y recrearte,
Vestida lisamente,
Serán superfluos compostura y arte:
Agravio debe ser á la hermosura
El ofrecerla afeite y compostura.
Despues que estés vestida,
Visita no tendrás, ni concurrencia,
En que esté establecida
Murmuracion, mentira, ni demencia:
Un sencillo pastor y su pastora
A saludar vendrán á su señora.
A la hora destinada
Para el preciso natural sustento,
La mesa preparada
Verás en un ameno apartamento
Con sazonado gusto y alegría,
Sin plata, sin primor, ni simetría.
No esperarás sensuales
Mezclas de mil substancias combinadas
De peces, de animales,
Y de aves, con las salsas delicadas
Que en un pequeño plato han reunido
Todo cuanto este mundo ha producido.
Pero hay los pichoncitos

Que en casa por mi mano he sustentado,
Los frescos pececitos
Que en las vecinas aguas he pescado;
Un jabalí pretendo regalarte
Que en el bosque maté por obsequiarte.
¡Pues qué de las sabrosas
Riquezas de los troncos que he plantado!
¡Qué peras tan gustosas!
¡Qué pero tan hermoso y colorado!
Tendrás en mi vergel melocotones,
Naranjas, brevas, limas y melones.
Despues que hayas comido
Si buscas el descanso y el reposo,
Ya te tengo escogido
Un parage encantado y delicioso
En una parte del jardin de casa,
Por donde el Ebro en miniatura pasa.
Los árboles, cargados
De flores olorosas, hacen techo
Con ramos enlazados,
Con que el furor del sol queda deshecho:
Mil pájaros gozando la frescura
Se burlan de su ardor en la espesura.
Al pie de un mirto ameno

Te pondré con mis manos una cama,
No de plúma relleno,
Sino de azar, jazmin y verde grama,
A sus lados dos fuentes van tocando,
Que los van defendiendo y refrescando.
No temas los mosquitos,
Ni abispas en los huertos tan frecuentes:
Habrá mil çefiritos
Que con sus alas anden diligentes:
No temas: dormirás tan descansada,
Que tu cama será bien envidiada.
De tantos cefirillos,
De tantas aguas claras y ligeras,
De aquellos arbolillos,
De las aves sonoras placenteras
Los trinos, el ruido y el mormullo
Te servirán de lisonjero arrullo.
No soñarás, te juro;
Y en caso que tú sueñes, dueño mio,
Será sueño seguro
De terror y fastidio,
Será agradable y dulce como el puesto
Que á conciliar el sueño te he dispuesto.
Despues, si tú quisieres

Dar un paseo, no he de conducirte
A donde mil mugeres
Pretendan envidiosas maldecirte,
Y mil hombres ansiosos de burlarte,
Empiecen con mentiras á engañarte.
A la corte dejemos
Ese, que allí paseo delicioso
Llaman; acá busquemos
Otros, cuyo placer sea gozoso
Encontrar en el campo ameno, llano,
Uno por cada dia de verano.
De vuelta del paseo,
Teatro, ni tertulia concurrida
No pida tu deseo,
Como en la corte se halla establecida;
Se juntan en mi casa mil pastores,
Y tratan varias cosas, y aun amores.
Despues de esta asamblea,
En que la virtud ni honor se ofende,
Y el alma se recrea,
Y por el campo de placer se extiende:
Cada uno se recoge á su cabaña
Con paz, que entre los grandes es extraña.
Ni pienses que se olvide

La dulce idea del amor, Augusta,
El campo nunca impide
Una pasion que al alma tanto gusta,
Antes con su quietud y diversiones
Se llenan mas de amor los corazones.
Si es natural instinto
El principio de amor en nuestro pecho,
En el verde recinto
Siempre se halla gozoso y satisfecho;
Pues en el campo la naturaleza
Ostenta su primor y su grandeza.
Verás como el jilguero
Entre los ramos de vergel parece
Que obsequia placentero
A la jilguera que su amor merece,
Dulzuras la persuade cuando canta,
Su corazon anima á su garganta.
¡Si vieras cual corteja
El eficaz pichon á su consorte!
¡Qué fino la festeja!
¡No hay tan finos amantes en la corte!
Verás como ella paga su fineza
Con gusto, con halago y con terneza.
El toro bruto, horrendo,

Feroz, precipitado y espantoso,
Se ve ménos tremendo;
Que se despoja de su ardor furioso,
Y se llega á su vaca tan rendido
Como el galan mas tierno y derretido.
  Hasta las plantas tienen
Sus lances amorosos, extremados
Verás como entretienen
Las vides á los olmos abrazados:
Mil brazos de sus pechos van saliendo,
Y todos á los olmos ofreciend .
  Mil veces me he parado
Al ver como el imperio de Cupido
Mas léjos ha llegado
Que el del conquistador mas atrevido,
Filósofo yo soy.... y te prometo
Que estuve por rendirte mi respeto,
  Con que si tú quisieres
Abandonar la corte, fausto y arte,
Y si no te atrevieres
A dejar del amor el estandarte,
Ven por acá, que aquí te buscarémos
Un amante tal cual como le hallemos.
  Si ya (como se estila)

Tuvieres en la corte quien lo sea
En posesion tranquila,
Contigo le traerás á que esto vea,
Como sus artificios no adulteren
La sencillez de aquellos que lo vieren.
Pero si el tal amante,
(No obstante que en la corte se ha criado)
Fuese fino y constante,
Discreto sobre todo y moderado,
Le nombrarémos rey de los pastores,
Y juez de este distrito y sus amores.
Augusta, no te rias,
De lo que va mi pluma á proponerte:
De tus coqueterías
Me temo contra mí quieras valerte,
Iba á decirte... mas... no digo nada,
Que te estoy viendo echar la carcajada.
Pero allá voy no obstante,
Decia: que si acaso no tuvieres
A estas horas amante,
Ni buscarlo quisieres....
Aquí estoy yo... filósofo... sin duda,
Mas pensa que el amor todo lo muda.
Del ciego dios alado

He visto mas milagros prodigiosos
Que hay en el verde prado
Flores y pajarillos armoniosos,
Hace jocoso al serio, alegre al triste,
Y á su suave poder nada resiste.
¡Cuantos conquistadores
Perdiéron de sus triunfos todo el fruto,
Porque de sus amores
Marte ofreció á su Vénus el tributo,
Y marchito el laurel de sus proezas,
Con mirto coronáron sus cabezas!
¡Cuantas veces los jueces
De su recta justicia se olvidáron,
Y en injustos dobleces
Su vara á las beldades inclináron!
¡Cuantas veces de recta la han torcido
En arco corcobado de Cupido!
¡Cuantas el marinero,
Insigne por el arte y valentía,
Se escapa del severo
Océano, que riesgo le ofrecia
En golfos, en escollos y en arenas,
Y viene á naufragar en las sirenas!
Mas ejemplos citara,

Si fuera necesario el ir probando
Una verdad tan clara,
Que todos pueden ir atestiguando:
Llegue su mano cada cual al pecho,
Los milagros verá, que amor ha hecho.
  Verás con que presteza
Me quito aquesta barba respetada,
Verás esta cabeza
Con flores y con cintas adornada,
Y en un vestido alegre y primoroso
Trocado el sayo obscuro y espantoso.
  De mi filosofía
Estos despojos juntaré, y haciendo
Una ara sacra y pia,
Irélos á mi Vénus ofreciendo
Con dos palomas, para que propicio
Su númen no desprecie el sacrificio.
  Y luego te aseguro
Que ayer á un arroyuelo me miraba,
Por Cupido te juro
Que un rostro regular representaba;
Y bien sea verdad, ó bien deseo,
Yo me decia, no, no soy tan feo.
  Mis ojos no se viéron

Ni chicos, ni llorosos, ni apagados,
Sabes que mereciéron
Ser de otros (¡qué hermosos!) bien mirados,
Los dientes aun conservan su blancura,
Y el uno y otro labio su frescura.
  Vamos claros, suspiran
Cada dia por hombres nada hermosos
Las damas, los admiran
Como prodigios raros y pasmosos;
No es el amor por cierto en las mugeres
El que distingue mas de pareceres.
  Yo mismo cuando niño
(Pasé aquel tiempo alegre como sueño)
Fui visto con cariño
De una deidad, que me llamó su dueño;
Tú puedes repetir lo que ha pasado.
Mil años ha; si sigues lo empezado.
  Este es el campo ameno
Este soy yo filósofo, ó amante,
Este el tiempo sereno
Que pasa en un retiro semejante;
Mas no lo creas, ven á ser testigo,
Augusta, y á gozar de ello conmigo.

A LAS NINFAS DE MANZANARES,

OFENDIDAS POR UN LIBELO QUE SE LE ATRIBUYÓ AL AUTOR, CON CUYO MOTIVO SALIÓ DE MADRID LA NOCHE ULTIMA DE OCTUBRE DE 1768.

Ninfas de Manzanares,
Felices y adorables semidiosas,
Oid de mis pesares
Los ayes y las quejas lastimosas:
Tantas aguas no lleva vuestro rio,
Como lágrimas vierte el llanto mio.
Madrileñas divinas,
Cuya dulzura, halago y genio afable,
Cuyas miradas finas
El genio ablandarán mas intratable;
Si al cielo pide el hombre su consuelo,
Yo mi consuelo pido á vuestro cielo.
Algun astro zeloso
De la inmensa fortuna, que gozaba
Mi corazon dichoso,
Mis indecibles dichas envidiaba;
Y por tanto cortó con golpe airado
Mi vuelo, hasta los cielos remontado.

Y si fuisteis diosas
En el castigo acerbo que me disteis,
Y mugeres furiosas
Por el mal proceder con que lo hicísteis,
(Pues por un crímen nunca comprobado
Fuí ántes que convicto, castigado);
Volved á ser deidades:
La bondad se vuelva á vuestro pecho:
¡Ah! cesen las crueldades,
Y unid el corazon que habeis deshecho;
Así como despues que el rayo aterra,
El iris une al cielo con la tierra:
Para que el corazon mio,
Sus penas olvidando y sus pesares,
Llegando á vuestro rio,
Las orillas besando á Manzanáres,
Repita ya sin voces lastimosas:
¡Cuan adorables sois, oh semidiosas!

SONETO

PROBANDO QUE LA AUSENCIA NO SIEMPRE ES REMEDIO CONTRA EL AMOR.

Cuatro tomas de ausencia recetáron
A un enfermo de amores los doctores,
El enfermo sanó de sus amores,
Y los doctores sabios se mostráron:
Otros mil ejemplares confirmáron
De la nueva receta los primores,
Los astros conociéron mis dolores,
Y sin duda sanarme proyectáron:
Me diéron de receta tan divina
Cincuenta tomas (que tomé con tedio).
Pero mas me agravó la medicina;
Pues tan opuesto al fin fué aqueste medio,
Que agonizando mi alma se imagina
Me matará el remedio sin remedio.

QUINTILLAS

DE ESTILO, Y CONCEPTOS ANTIGUOS SOBRE YERROS AMOROSOS.

Los yerros que una pasion
Face sopitañamente,
No son yerros; fierros son
Que aferrojan á la mente
Esclava del corazon.

De la misma guisa al duro
Saben prinder, como al blando,
Ca su temple es tan seguro
Que se va proporcionando,
Sandio al sandio, puro al puro.

Ligazon tan apretada
Non desface la razon,
Nin demedra contra él nada,
Si non de tiempo la accion
Con lima sorda y tapada.

E solo el tiempo es asaz
Forzudo de prevenirlos,
El es viejo, amor rapaz,

Ansi sabe bien asirlos
Por su fementida faz.

GUERRAS CIVILES

ENTRE LOS OJOS NEGROS Y LOS AZULES.

Ardia el reino entero de Cupido
En bandos y civiles disensiones,
El yugo del dominio sacudido,
Aspiran á mas los corazones;
Todo mortal se puso enfurecido
Contra sus infalibles decisiones:
Alguna vez el hombre libre habia
De rechazar tan dura tiranía.

Vénus, acostumbrada eternamente
A ser de todo humano obedecida,
Miraba con furor é impaciente
A la plebe mortal tan atrevida:
La plebe la insultaba inobediente
En clara rebelion ya conocida,
El mas humilde y pobre ciudadano
Hablaba con estilo soberano.

La diosa en vano amenazaba fiera
La rebelde ciudad castigaria,

En vano publicaba placentera
Las quejas de la plebe escucharia;
Y en vano de benigna y de severa
Su cara en dos semblantes componia;
El pueblo enfurecido no escuchaba,
Y mas su desacato propagaba.

El templo de la diosa (que solia
Contener á millares los pastores,
Que en dulce enamorada melodía,
De sol á sol cantaban sus amores),
Vacío y solitario parecia,
Jardin ya despojado de sus flores,
Hasta los sacerdotes desertaban
De las aras del númen que adoraban.

Y como son furiosos los excesos
Que Vénus en el hombre ha suscitado,
Cada dia el furor hizo progresos
En todo aquel imperio desgraciado:
Fuéron tan horrorosos los sucesos,
Que estuvo el tiemplo para ser quemado;
Ni aun lo sagrado intacto permanece
Cuando la plebe manda, y no obedece.

Dejaban los pastores sus ganados
Que libres se esparcian sin gobierno

Por valles, montes, campos y collados,
Teniendo otro cuidado mas interno:
De su apacible genio enagenados,
A Chipre convertiéron en Infierno;
Inferirás, lector, de estos renglones
Cuanto mudan al hombre sus pasiones.

Hubo amante muy fino y muy constante,
Que por ser de otro bando su adorada,
Fanático en su amor se hizo inconstante,
Y su pasion primera fué inmolada:
Alguna dama abandonó á su amante
Por la misma razon tan ponderada;
En fin nada era amor, todo era abismo;
Tanto puede en el vulgo el fanatismo.

Ya veo á mi lector sobresaltado
Querer saber la causa de este evento,
Al que en un punto se halla interesado,
La incertidumbre es el mayor tormento;
Perdóname, ¡o lector enamorado!
Si tardo en referirte aqueste cuento:
He visto algunos sabios recrearse
En ver al ignorante atormentarse.

Diré la causa atroz de este fracaso;
Y si quieres lograr tan alto objeto,

El secreto ocultar en todo caso
Prométeme, lector sabio y discreto:
Tu lengua no camine un solo paso;
Pues no hay cosa mas frágil que un secreto:
Lo mismo un confidente lo proclama,
Que todas las cien bocas de la fama.

Con motivo de hacerse un templo ufano
En Chipre á la deidad de los amores,
La imágen encargó su Soberano
Al mas diestro de todos los pintores;
Y pues pintar deidades es en vano
Con los humanos débiles colores,
A la idea dejó lo inasequible,
Que ella suele alcanzar á lo imposible.

Guiado de su idea el nuevo Apeles,
Apura los primores de su ciencia,
Y nunca obedeciéron los pinceles
Mas sabios á copiar la inteligencia:
Jazmines, azucenas y claveles
Formáron una hermosa competencia:
Una parte alabar de este retrato,
Seria sinrazon, tras ser ingrato.

Pero el pintor, dudoso si pondria
Ojos negros ó azules á su diosa,

Materia que apurarse merecia,
Salió de su oficina primorosa
Para decir la duda que tenia
Al rey de aquella corte deliciosa:
Entró en palacio, su sentir propuso,
Y à tomar la respuesta se dispuso.
  El rey dijo prudente : esta materia
No puede resolverse en un instante ;
Quiero que en una junta grave y seria
Se trate cuestion tan importante,
Pues de una luz humana la miseria
A decidir la duda no es bastante :
Cien matronas serán las congregadas
En las materias de ojos afamadas.
  Llegáron por encanto en un momento
Las ninfas que se habian convocado,
Se les pidió el debido juramento
Sobre un altar á Vénus consagrado:
Juráron el tratar sin fingimiento
Cualquier asunto que les fuere dado:
¡Qué poca fé nos ha quedado, digo,
Cuando se pone al cielo por testigo!
  El tribunal severo magestuoso
Se estableció en un bosque, en que nacia

Ya la yedra, ya el mirto voluptuoso;
Travieso un arroyuelo lo ceñia
Su curso detenido, pues curioso
Oir este congreso pretendia:
Mil aves en los mirtos lo escucháron,
Y despues que lo oyéron, lo parláron.

Entráron las mugeres Holandesas,
Mas blancas que la nieve y mas heladas,
Preciosas por su aseo las Francesas;
Las Turcas por los Turcos despreciadas,
Hermosas en colores las Inglesas,
De Italia las sirenas afamadas,
Casadas y doncellas (ó solteras),
Y viudas (reverendas embusteras).

Entráron las Egipcias, las Georgianas,
Asiáticos encantos las de Tiro,
Las altas y robustas Circasianas;
¡Pero qué es, oh Cupido, lo que miro!
¿Qué ninfas son aquellas que cercanas
Al mismo altar de la hermosura admiro?
¿Qué ninfas son aquellas, ó qué diosas
Tan vivas, tan agudas y garbosas?

Apolo (cuyo curso cotidiano
De todo el orbe la redonda esfera

Llena de los favores de tu mano)
Suspende lo velos de tu carrera:
Dime, ¿qué parte del jardin humano
Produce aquesta flor tan placentera?
Tus rayos de los suyos son despojos,
Pues tanto fuego dejas en sus ojos.

Ya conoces que son las celebradas
Ninfas de Manzanáres, Ebro y Tajo;
El que mirare atento sus miradas,
Conocerá su gracia y agasajo:
Distinguirá estas ninfas adoradas
Con el vestido noble ó con el majo:
Tienen un no sé qué... que quien las mira,
No lo olvida jamas, y mas lo admira.

Dejad, ¡oh ninfas! que las extrangeras
Presuman de un color mas delicado;
Una mirada vuestra, ¡oh lisongeras!
Es rayo contra un pecho fulminado;
Vuestros hermosos ojos son esferas
Que inspiran con influjo declarado:
Aqueste rayo es tanto mas temible,
Cuanto es por ser de un cielo irresistible.

Cese la digresion, al caso vamos;
Lector (la pluma se me fué) perdona;

Pues cuando de las ninfas conversamos,
Toda dilatacion Vénus abona:
A nuestro asunto principal volvamos,
Que con el fin se logra la corona:
Estoy para empezar con el Mantuano
Aquello de *arma, virumque cano.*
Mas como del desórden es la fuente
La conjuncion, dispuso una Britana
Que á la nobleza en puesto preeminente
La plebe no llegase por profana,
Sino que en parage diferente
Se sentase la gente ciudadana:
Como en Londres (es fácil que repares)
Se apartan los Comunes de los Pares.
Las sultanas, cazicas y duquesas
En mullidos de rosa estan sentadas;
Mas allá las condesas y marquesas
Sobre alfomblas de Tiro coronadas;
Hidalgas mas allá, se quedan tiesas
De verse entre señoras elevadas:
¿Orden entre mugeres? ¿quien creyera
Que todo el orbe junto consiguiera?
De diputadas de la plebe baja
La cámara comun se componia,

La cómica asistia con la maja,
La naranjera y limera habia:
Y las del gremio atroz de la *naája*,
Quinta esencia de majas se veia;
Y como en todas clases se enamora,
No hay clase que no dé procuradora.

Luego que se tomáron los asientos,
Una matrona noble y elegante
Su arenga pronunció á los parlamentos,
Y el punto declaró tan importante:
¡Qué tropos! ¡qué figuras! ¡qué ornamentos,
Hijos de la elocuencia altisonante!
Con atencion pasmosa lo escucháron,
Harto fué que el silencio conserváron.

Otra matrona fina y primorosa,
Sutil y delicada en estructura,
Alzó la voz y dijo artificiosa:
¡Quien hubiera pensado tal locura!
¿Esta materia puede ser dudosa?
Supremo tribunal de la hermosura,
De este pintor no es rara la demencia
Pretendiendo formar tal competencia.

¿Quien duda que el azul, bello Senado,
Es el color del cielo? ¿Quien ignora

Que cielo llama el hombre enamorado
El dueño idolatrado á quien adora?
Consta que el negro es mas adecuado
Al llanto, de quien huye el que enamora:
Ergo quiten lo negro y su tristeza
Del rostro que convida á la llaneza.

Dictámen tan horrible fué aprobado
De Inglesas, Holandesas y Alemanas,
Con todas las del clima mas helado,
Mas no de las que al sol estan cercanas;
De ojinegras doncellas un puñado
Contenian sus iras inhumanas,
Que alabasen lo azul les daba en ojos.
Pues lo negro es la niña de sus ojos.

Una Holandesa dijo: los cabellos
Rubios sin duda son los mas hermosos,
Y ojos azules siempre andan con ellos,
(Y no los negros fieros y espantosos)
Con que fuerza será reconocellos
Por dignos de los rostros prodigiosos:
Del frio pecho la palabra helada
Carámbano del aire fué colgada.

Guiñándose con gracia las malvadas,
Del ojinegro bando se reian

De ver á las contrarias, que empeñadas
Estaban en probar lo que querian:
Y como despreciaban enfadadas
El color de los ojos que ofendian,
Ufanas en sus locos desvarios,
¡Qué negros os pusiéron, ojos mios!

Hasta que una ojinegra Toledana,
Cansada de escuchar tantos agravios,
Dijo: estarás, ¡ó ninfa! muy ufana
De lo que acaban de decir tus labios,
(Echando una mirada tan galana
Que bastará á concluir siete mil sabios);
¿Vaya qué breve un pleito se sentencia
Cuando solo á una parte se da audiencia?

Los ojos negros, ¡oh! senado hermoso,
Toda la vida han sido conocidos
Por sabios en el arte primoroso
De saber hechizar nuestros sentidos:
Si el negro es tierno para el amoroso,
Es fiero para los envanecidos;
El ojo negro es á una tan segura,
Que su herida mortal no tiene cura.

He visto ojos azules apagados,
Cuantos negros he visto son ardientes,

He visto ojos azules despreciados,
Los negros nunca son indiferentes;
Con fundamentos fuertes y sobrados
A los negros declaro preeminentes:
Alarde no he de hacer de mi elocuencia,
Apelemos, si os gusta, á la experiencia.
Con júbilo aplaudiéron las beldades
El discurso elegante, fuerte y vivo
De la dama ojinegra, á sus verdades
Sus ojos daban no sé que atractivo;
Hubiera persuadido falsedades
Con el mismo despejo persuasivo:
Retórica eficaz es, á fé mia,
La que funda en sus ojos la energía.
Muchas este dictámen apoyáron
Con dulces y agradables reflexiones:
Las del opuesto bando se irritáron,
Los gritos añadiendo, á las razones
Se opusiéron; las otras impugnáron,
Y ardió su parlamento en confusiones:
Sobre materias ménos importantes
He visto yo disputas semejantes.
Esta descompostura en la nobleza
De la cámara egregia de los Pares,

Lectór, habrá notado tu agudeza;
Te pido que á mas iras te prepares,
Que escuches de la plebe la fiereza,
Y con la de los nobles la compares:
Solo te advertiré que las mugeres
Son tercas en seguir sus pareceres.

De la cámara baja la elocuencia,
Con doble contoneo y remolino,
Una limera maja de potencia
Propuso el punto con primor ladino;
No hubo argumento en toda la magencia
Que no pusiese con pasmoso tino:
Los ojos y el hocico retorciendo,
Dijo: ¡naranjas pues! ¡qué tal! ¡ya entiendo!

¿Aquí estamos, muchachas del barquillo?
Habemos de firmar todas gustosas
Que no queremos ojos del soplillo:
Dijo otra maja de las mas famosas,
¿Los azules? por vida de Juanillo
Queden á las usías melindrosas....
Mi cielo amado tiene por luceros
Dos ojos negros como dos tinteros.

De una cara con ojos de baraja,
¿Qué casa haria yo con azulejos?

Pues no faltaba mas, dijo otra maja
Con el dejo mas majo de los dejos:
En vano por lo azul vmd. trabaja,
Que se sentencie el pleito por los viejos.
Dijo: no digo mas: acábese esto,
Que me temo por Dios un fin funesto.
Una famosa naranjera,
De los ojos azules abogada,
Dijo muy puesta en jarras: *anda fuera*,
No he visto lengua yo mas bien colgada:
Descanse vmd. que es lástima se muera
De las voces ardientes sofocada:
Sobre que digo yo que no he oido
Jilguerillo de pico mas pulido.
Vaya qué tamañica me ha *dejao*;
Pero yo tambien tengo lengua y pico,
Y ya que sus vocablos he *escuchao*,
Oiga vmd. el *aquel* con que me explico:
Defenderé el color tan agraviado
Por las bellas palabras de este hocico,
Y si negais de mi razon lo fuerte,
Veréis como me esplico de otra suerte.
¡Bien! dicen unas: ¡mal! otras dijéron:
Razones encontradas ostentáron,

Todas habláron y no se entendiéron;
Las bocas en su fuerte se encontráron:
Mas de ellas lo superfluo conociéron,
Y las uñas al lance preparáron;
Del argumento en el obscuro abismo.
No faltará doctor que haga lo mismo.

Con esta variedad de pareceres
Las voces á los cielos han subido,
En la sala comun de las mugeres
Nunca mayores gritos se han oido:
Yo te pido, lector, que consideres
Lo fuerte de la bulla y del ruido:
Mis pinceles no son asaz sutiles
Para pintar batallas mugeriles.

En vano de la sala respetable
Baja un recado justo á las del trueno,
Estas al mensagero miserable
Despiden luego de baldones lleno:
¡Toma! (dijo una maja venerable)
¿Nos quieren las usías poner freno?
Mas valiera tambien que las usías
Gastaran entre sí mas cortesías.

De tanta gritería alborotados
Los pájaros huyéron al momento,

Y fuéron por las tapias y tejados
Contando lo sangriento de este cuento :
Habia mil pastores congregados
A oir la decision del parlamento ;
Uno dijo : ¡ mugeres! bien decia
Que en gritos y en araños pararia.

Luego que por el pueblo hubo volado
Con alas como ave cierta diosa,
A quien con tantas bocas ha pintado
La pluma de Virgilio artificiosa ;
El vecindario todo alborotado
Hizo la controversia mas furiosa :
Quien mete al necio vulgo en este punto,
Que es solo para doctos digno asunto?

Curioso y con motivo suficiente
Deseas que te diga el paradero
De estrago tan fatal y tan ardiente,
Mas soy historiador y verdadero :
Deja que del archivo *fe faciente*
Saque algunos papeles que venero ;
No sé como se escriben muchas cosas
Con aire de verdades fabulosas.

Prometo con prolijas narraciones
Decirte el fin del lance referido,

Luego que logre las apuntaciones
Que espero del archivo de Cupido :
Añadiré profundas reflexiones
De crítica y moral, como es debido,
Haré erudito alarde de profundo
En todas las doctrinas de este mundo.

Un hombre, que pronuncia misterioso,
Con cejas levantadas ó arrugadas,
En tono magistral y silencioso
De las materias ménos elevadas,
Consigue ser tenido por pasmoso
Entre las gentes necias y engañadas:
Y el vulgo, que por necio se alucina,
Del grave necio admira la doctrina.

Pues si es tan fácil, *Musa*, ser tenido
Por hombre sabio, docto é importante,
Yo no quiero quedarme deslucido,
Sino afectar un aire interesante :
Prepárame, lector, tu amable oido,
Y admira de mi estilo lo arrogante
En estas discusiones, y ahora acabo
Gustoso, con que digas, bravo! bravo!

CANCION.

AL ESTILO MAGNÍFICO DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN EN SUS COMPOSICIONES HERÓICAS.

El semidios, que alzándose á la cumbre
Del alto Olimpo, prueba la ambrosía
Entre la muchedumbre
De dioses en la mesa del Tonante,
Y en copa de diamante
Purpúreo néctar bebe;
Al son de la armonía
De los astros, que entorno el cielo mueve;
Si desciende algun dia
Al mundo, le fastidian los manjares
Del huerto, viña, campo, monte y mares.
Desde que el Campo Eliseo al tierno Orfeo
Oyó cantar su amor en tono blando,
Y el ardiente deseo
De volver á lograr su dulce esposa,
(Cuya lira amorosa,
Miéntras duró sonando,
De Sisifo y de Tantalo un momento

Paró todo el tormento) :
Ya no se admirará cuando
Algun mortal, al verse en tal delicia,
Las gracias canta á su deidad propicia.
Quien vió surcado el mar, minas, gigantes,
Sangrientas amazonas, gente extraña,
Y límites distantes
(De humana audacia no mas si del mundo)
Y el piélago profundo
Hiende con ancha nave;
Volviendo rico á España,
En el tranquilo hogar vivir no sabe,
Desprecia la cabaña,
La barca y red que le ocupó primero,
Antes que fuese osado marinero.
El jóven, que una vez del Tracio Marte,
De pálidos cadáveres cercado,
Tremoló el estandarte,
Y en el carro triunfal fué conducido,
En su patria aplaudido con bélico trofeo,
Y júbilo aclamado;
Por volver á la lid arde en deseo,
Y desdeña el arado,
Hijos, esposa, padre, mesa y lecho:

Solo el guerrero honor le llena el pecho.
Y el que al divino Moratin oyere
Los metros que el Timbreo Dios le inspira,
Y el brio con que hiere
La cítara de Pindaro sagrada;
Ya nunca mas le agrada
La humana voz, ni sones
De otra cualquiera lira,
Por mas que suenen ínclitas canciones
Que necio el vulgo admira.
Canta pues entre todos el primero,
Y calle Ercilla, Herrera, Horacio, Homéro.
Cancion dile á mi amigo
Que me falta el aliento;
Y que cuando cantar su gloria intento,
Callo mil veces mas de lo que digo.

CON MOTIVO DE HABER ENCONTRADO EN SALAMANCA UN NUEVO POETA DE EXQUISITO GUSTO, PARTICULARMENTE EN LAS COMPOSICIONES TIERNAS.*

Ya no verán, ¡o Tórmes!
Tus áridas orillas
Los manes de Galeno,
Y del Estagirita.
Alza la anciana frente
Tanto tiempo oprimida,
Y esparce por el campo
Desde hoy jovial la vista.
No ves como se acercan
Con música festiva
A tus arenas sacras
El gusto y la alegría?
En torno de ellas vuelan
Los juegos y las risas,
Cerca vienen las musas
Del gran Febo seguidas.
¿En medio de aquel coro,

* D. Juan Melendez Valdes.

No ves como camina
Un jóven, de quien tiene
Ganimedes envidia?
¿No escuchas que al acento
De su suave lira
Las nueve musas cantan,
Y el verde prado pisan?
Para adornar sus sienes,
Y cabellos que brillan
Mas que el oro, tributo
De las lejanas Indias,
Tejiendo van guirnaldas,
Y de Flora las ninfas,
Para traer las flores
Van y vienen á prisa.
Pues ese mismo jóven,
Es por quien tus orillas
Verán llegar las gracias,
El gusto y la alegría:
Huyendo de sus voces
Y célica armonía,
Los manes de Galeno
Y del Estagirita.

AL MISMO.

Sigue con dulce lira
El metro blando y amoroso acento
Que el gran Febo te inspira;
Pues Vénus te da aliento,
Y el coro de las musas te oye atento.
Sigue, jóven gracioso,
De mirto, grato á Vénus coronado;
Y quedará envidioso
Aquel siglo dorado
Por Lasos y Villegas afamado.
Dichosa la zagala
A quien le sea dado el escucharte,
Pues tu musa la iguala
Con la diosa de Marte;
Tal es la fuerza de tu ingenio y arte.
Aunque mas dura sea
Que mármoles ó jaspes de Granada,
Cual otra Galatea;
O sea mas helada
Que fuente por los hielos estancada,
Al punto que te oyere,
Te admitirá en su candido regazo;
Si tu voz prosiguiere,

Te estrechará su brazo,
Y amor aplaudirá tan dulce lazo.
  Y las otras pastoras
De envidia correrán por selva y prado,
Y verá la que adoras
El triunfo que ha ganado
Por haber tus ternezas escuchado.
  Mas ¡ ay de aquellos necios
Que intenten competir con tu blandura!
Solo verán desprecios
De aquella hermosura
Que una vez escuchare tu dulzura.
  Dirán su rabia y zelos,
En el bosque mas lóbrego metidos,
Injuriando á los cielos,
Y oyendo sus gemidos,
Responderán las fieras con bramidos.
  Entrada del Averno
Parecerá aquel bosque desdichado,
Y do tu metro tierno
Hubiere resonado,
El campo que á los buenos dará el hado.
  Pasó mi primavera:
(¡ Los años gratos al amor y Febo
Quien revocar pudiera!)

Y á juntar no me atrevo
Mi voz cansada con tu aliento nuevo.
  Si no yo cantaria
Al tono de tu lira mis amores,
Y al tono de la mia
Cantarás entre flores
Como suelen acordes ruiseñores.
  Sigue, sigue cantando;
No pierdas tiempo de tu edad florida,
Que yo voy acabando
Mi fastidiosa vida
En milicia y en cortes mal perdida.
  En alas de la fama
Tus versos llegarán á mis oidos:
Si la trompa me llama
A los mares vencidos,
Y á los Indios de Apache embravecidos.
  O al Antártico Polo
Llevando las banderas del gran Cárlos,
Diráme siempre Apolo
Tus versos; y á escucharlos
Acudirán los pueblos, y á alabarlos.
  Ni el estrépito horrendo
De Neptuno, que ofrece muerte impia,

Ni de Marte el estruendo
Turbará el alma mia,
Si suena en mis oidos tu armonía.
 Aun cuando dura Parca
Mayores plazos á mi vida niegue,
Y en la fúnebre barca
Por la Estigia navegue,
Y á las delicias del Eliseo llegue.
 Oiré cuando Catulo
A la sombra de un mirto recostado,
Con Propercio y Tibulo
Lea maravillado
Los versos que la musa te ha dictado.
 Cuando acudan ansiosos
Laso y Villegas al sonoro acento,
Repitiendo envidiosos,
¡Qué celestial portento!
¿A quien ha dado Apolo tanto aliento?
 Y yo siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mia,
Diré, yo fuí su amigo,
Y por tal me queria,
Y en dulcísimos versos lo decia.
 Haránme mil preguntas,

Puesto en medio de todos, de quien eres,
Y cuantas gracias juntas,
Y á que zagala quieres,
Y como baila cuando el plectro hieres.
Y con igual ternura
Que el padre cuenta de su hijo amado
Las gracias y hermosura,
Y se siente elevado
Cuando lo escuchan todos con agrado,
Responderé cantando
Tu nombre, patria, genio y poesía:
Y asombraránse cuando
Les diga tu elegía
A la memoria de la Filis mia.

SAFICOS ADONICOS

A CUPIDO,

SOBRE LOS PELIGROS DE UNA NUEVA PASION.

Niño temido por los dioses y hombres,
Hijo de Vénus, ciego Amor tirano,
Con débil mano vencedor del mundo,
Dulce Cupido.
Quita del arco la fatal saeta,

Deja mi pecho que con fuerza heriste
Cuandò la triste, la divina Filis,
Me dominaba.

Desde que el hilo de su dulce vida
Por dura Parca feneció cortado,
Desde que el hado la llevó á la sacra
Cumbre de Olimpo.

Cuando constante con promesa justa
De que ella sola me seria cara,
Aùnque pasara las Estigias olas
Con Aqueronte.

De negros lutos me vestí llorando,
Y de cipreses coroné mi frente;
Eco doliente me llevó con quejas
Hasta sù tumba.

Sobre la losa, que regué con sangre
De una paloma negra y escogida,
Fué repetida por mi voz la sacra
Justa promesa.

Sacra ceniza, repetí mil veces,
Sombra de Filis, si mi pecho adora
A otra pastora, desde tan tremenda
Lóbrega noche;

Haz que á mi falso corazon asombre

Cuanto las cuevas del Averno ofrecen;
Cuanto padecen los malvados, cuanto
Sisifo sufre.

Júrolo Filis por tu amor y el mio,
Por Vénus misma, por el sol y luna,
Por la laguna que venera el padre
Omnipotente.

Las losas duras á mi acento triste
Mil veces diéron ecos horrorosos,
Y de dudosos aires resonarán
Túmulo y ara.

Dentro del mármol una voz confusa
Dijo, *Dalmiro, cumple lo jurado:*
Quedé asombrado sin mover los ojos,
Pálido, yerto.

Temo, si rompo tan solemnes votos,
Que Jove apure su rigor conmigo;
Y otro castigo que el ser llamado
Pérfido, aleve.

Entre los brazos de mi nueva amante
Temo la imágen de mi antiguo dueño,
Ni alegre sueño, ni tranquilo dia
Ha de dejarme.

En vano Cloris (cuyo amor me ofreces)

Y á cuyo pecho mi pasion inclínas,
Pone divinas perfecciones juntas
Ante mis ojos.

Ante mi vista se aparece Filis,
En mis oidos su lamento suena,
Todo me llena de terror y espanto,
Tímido caigo.

Lástima causen á tu pecho, ¡o niño!
Las voces mias, mis dolientes voces;
Y si conoces el dolor que causas,
Lástima tenme.

La nueva antorcha que encendiste apaga,
Y mi constante corazon respire,
Haz que no tire tu invencible mano
Otra saeta.

¡Ay que te alejas, y me siento herido!
Ardo de amores, y con presto vuelo
Llegas al cielo, y á tu madre cuentas
Tu tiranía.

OTROS A VÉNUS.

Madre divina del alado niño,
Oye mis ruegos, que jamas oiste

Otra tan triste lastimosa pena
Como la mia.

Baje tu carro desde el alto Olimpo
Entre las nubes del sereno cielo,
Rápido vuelo traiga tu querida
Blanca paloma.

No te detenga con amantes brazos
Marte, que deja su rigor al verte,
Ni el que por muerte se llamó tu esposo
Sin merecerlo.

Ni las delicias de las sacras mesas,
Cuando á los dioses lleno de ambrosía
Alegre brinda Jove con la copa
De Ganimedes.

Ya el eco suena por los altos techos
Del noble alcázar, cuyo piso huellas
Lleno de estrellas, de luceros lleno,
Y tachonado.

Cerca del ara de tu templo en Pafos,
Entre los himnos que tu pueblo dice,
Este infelice tu venida aguarda,
Baja volando.

Sobre tus aras mis ofrendas pongo,
Testigo el pueblo, por mi voz llamado;

Y concertado con mi tono el suyo,
Te llama madre.

Alzo los ojos al verte el vaso
De leche blanca, y el de miel sabrosa;
Ciño con rosa, mirtos y jazmines
Esta mi frente.

Mi palomita con la blanca pluma,
Aun no tocada por pichon amante,
Pongo delante de tú simulacro,
No la deseches.

Ya Vénus, miro, resplandor celeste
Bajar al templo, tu belleza veo:
Ya mi deseo coronaste, ¡o madre!
Madre de amores.

Vírgenes tiernas, niños y matronas,
Ya Vénus llega, vuestra diosa viene,
El aire suene con alegres himnos,
Júbilo santo.

Humo sabeo salga de las urnas;
Dulces aromas que agradarla suelen,
Ambares vuelen tantos que á la excelsa
Bóveda toquen.

Pueblo de amantes, que á mi voz acudes,
A Vénus pide que á mi ruego atienda,

Y que á mi prenda la pasion inspire
Cual yo la tengo.

CORO DE NIÑAS.

Reina de Chipre, diosa de Citéres,
Tú que á los dioses y á los hombres mandas,
¿Porqué no ablandas á la dura Cloris?
Mándalo Vénus.

CORO DE NIÑOS.

Reina de Pafos, y de amores diosa,
Tú que á los pechos llenas de placeres,
¿Porqué no quieres que Dalmiro triunfe?
Mándalo Vénus.

PRIMERA NIÑA.

Como la rosa
Agradecida
Da mil aromas
De sus olores
Al amoroso
Céfiro blando
Cuando la halaga
Y la rodea.

PRIMER NIÑO.

Haz que reciba
En su regazo

Cloris afable
Al que la adora.

SEGUNDA NIÑA.

Como la yedra
Halla en el olmo
Vínculo firme
Cuando le abraza.

SEGUNDO NIÑO.

Haz que á su amante
Plácido rostro
Ponga la ninfa
Cuando le vea;
Pábulo nuevo
Halle su llama
En su querida.
Dulce zagala.

CORO DE NIÑOS.

Reina de Pafos, y de amores Diosa,
Tú que á los pechos llenas de placeres,
¿Porqué no quieres que Dalmiro triunfe?
Mándalo Vénus.

FIN.

INDICE.

FIN DEL INDICE.

